

CRUZ, LUIS (1769-1828)

*DESCRIPCIÓN DE LA NATURALEZA DE LOS TERRENOS QUE SE COMPRENDEN
EN LOS ANDES*

ÍNDICE

Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseídos por los peguenches; y los demás espacios hasta el río de Chadileubu

Tratado para el perfecto conocimiento de los indios Peguenches, según el orden de vida

DESCRIPCIÓN DE LA NATURALEZA DE LOS TERRENOS, ETC.

Aunque parezca bien ponderada la fecundidad y riqueza de los terrenos de Chile por algunos de los que los conocieron, y por otros que con noticias escribieron de su fertilidad, abundantes producciones y riquezas; pero yo me atrevo a decir que ninguno de ellos pudo por entonces hacer un completo dibujo de aquellos espacios, con consideración a las pocas poblaciones españolas que había, y por eso la muy poca agricultura, sin cuyo ejercicio nada puede decirse de un terreno en general.

Yo soy oriundo de aquellas provincias y, sin embargo de que aún no tengo cuarenta años, y que la mayor parte de los que cuento los pasé en colegio sin nociones de los campos, tengo conocidos, desde diez y seis años a esta parte, tantos terrenos por muy fértiles, tantas minas que se han descubierto, tantos montes, tantos baños, tantas frutas y, en fin, tantas nuevas poblaciones que, si se tratara de ellos, se necesitarían volúmenes enteros para describirlos. No fuera de más dar algunas noticias, por lo importante que serían para conocer la utilidad que resultaría a Buenos Aires del camino en proyecto; pero mis interrumpidas tareas me lo impiden, y sólo me contento con hacer ver que en aquella época apenas dos navíos de comercio extraían trigos y vinos de Concepción a Lima, y en el día son trece los de esta carrera, y aun se ven estos frutos con más abundancia que entonces. La gruesa de diezmos ha subido con exceso a más de los dos tercios; y cuando entonces de cada partido o provincia se formaba apenas una compañía, o un escuadrón de milicias, hoy se presentan en las asambleas uno o dos regimientos arreglados, fuera de las compañías sobrantes. Las cadenas de montes inmediatos a la mar, que en partes tienen hasta veinte leguas de latitud, y en la que menos diez, aun en mis días las conocí desiertas y sin más aplicación que para el uso de las maderas y de algunas cortas bacadillas; y hoy están llenas de poblaciones, sementeras, haciendas, chacras y minas de oro de lavadero. Los planes del poniente de los Andes, cuyos valles los ocupaban los indios Peguenches y se ignoraba su fecundidad, hoy se ven poblados de nosotros, de nuestros bienes y de nuestra agricultura, que produce un ciento por uno, como lo tengo dicho en la

introducción a Antuco, toldería que fue de nuestros amigos montañeses. Cuando entonces no estaban examinados los puertos, ni sus puntos a propósito para astilleros, hoy tenemos, a más de el de Talcahuano, en el que sólo en el año pasado se botaron al agua dos fragatas, el de San Vicente, el del Manzano, el del Morro, el de la Boca de Andalién y el del Tomé, en cuyos puntos se han trabajado varias embarcaciones grandes, y medianas, sin que ninguna haya tenido la menor novedad. Las maderas de ligues, cipreses, pellines y otras varias, que abundan en los montes inmediatos a la costa, y con exceso los cipreses para arboladura de buques de alto bordo, en los montes al occidente de los Andes, se conducen con suma facilidad, las primeras por el río de Andalién, que parte las montañas de la costa y desemboca a la mar entre el castillo de Penco el viejo y el Puerto de Talcahuano, y las segundas por el Biobío, que cursa desde la cordillera por los partidos de los Ángeles, René y Puchacay a costear por las goteras de Concepción y a introducirse en el Océano cerca de San Vicente. Son tan apetecibles y de tanto aprecio estas maderas que, a más de los buques que allí se construyen de ellas, las llevan en tablones y en otras piezas al Callado, para las carenas de los navíos que giran a otras costas.

Es consiguiente al aumento de vecinos que se conocen en el obispado de Concepción, el aumento de minas que se trabajan, y las que frecuentemente se descubren abundantes, y que pasa por lo regular de veinte y tres quilates su calidad. Recién se trabaja en Puchacay una de lavadero, en la que han salido pepas de valor de 300 y 500 pesos, que se cambiaron en la Concepción, y no menos ponderadas otras en Itata que han enriquecido a varias personas.

Las abundantes producciones de aquellas tierras, las minas y las crecidas sumas de dinero, que se reparten en la tropa veterana que resguarda la frontera y costas de Concepción, la hacen rica, sin embargo de que sus cuantiosos y apreciables frutos no tienen otra extracción que para Lima, y algunos vinos para la capital, que es Santiago.

Como las lluvias las dispuso allí la naturaleza con un orden proporcionado a la necesidad que de ellas tiene el terreno, hasta ahora no se necesita del arbitrio de riegos para los campos. Todas las viñas que son de cepa baja, todas las sementeras de trigos, todas las chacras y, en fin, todas las mieses y frutos que se cosechan, son sin otra agua que la llovida. Así logran de un maduro completo, y tienen mejor sazón y más consistencia que las que se recogen en el obispado de Santiago, en el que son de rulo todas las plantas y siembras, desde pasado Maule hasta Copiapó, provincias más boreales.

Los vinos de Concepción son exquisitos, y de embarque su mayor parte; cuando los de Maule para abajo son sin cuerpo, sin color y sin aguante, que se ven en la necesidad de reducirlos a aguardiente para darles salida.

Los trigos de Santiago son prietos, y de una miaja floja por el riego, cuando los de la Concepción son blancos, y tan rendidores que dan el aumento de un 22 y 23 por ciento, según la experiencia lo demuestre. Por esta causa son de mucho más aprecio en Lima, y se pagan con más valor; pero es beneficio que resulta a los cargadores, y no al público, que los malbarata por su abundancia y por la falta de buques en que remitirlos.

Como los navíos que surcan aquellos mares, ya se destinen a Valparaíso, ya a Talcahuano, según los correspondientes de los interesados, y todos con cargamentos de azúcares, mieles, algodones, tucuyos, pabilos, etc., de que carece todo el reino de Chile, y es en Santiago mucho mayor el consumo, así por la mayor población como por el repartimiento que se hace a Mendoza, San Juan, Córdoba, etc., y los cargamentos de cascarilla y cacao, que de Lima también debe venir allí por precisión, para trasladarlos por el único camino de la Concagua a la capital de Buenos Aires, es consiguiente que al puerto de Valparaíso concurran muchos más buques, y como éstos de retorno cargan o reciben trigos, de ahí resulta la mayor salida de ellos. La división que he dicho hizo la naturaleza en aquel reino con el río de Maule, la política la deslindó en dos obispados; a saber: el de Santiago hasta dicho río, y desde ahí hasta Chiloé el de la Concepción, y éstos en varias provincias. Ya hubo algún escritor que en esta subdivisión padeció algunos equívocos, especialmente en las dimensiones y puertos.

Al partido o provincia de Maule le dio puerto y astillero, cuando la Providencia se lo negó. Es bien público y constante que los vecinos de Talca han trabajado mucho para conseguirlo, y sólo merecieron el título de la Nueva Bilbao por la embocadura de aquel río en la mar. Les sirvió también para emprender la construcción de algunas embarcaciones, con la vana esperanza de que las podrían sacar con industriosas maniobras; pero bien público es que, de las cuatro que fueron, sólo salió un bergantincillo, pero no pudo ni por su pequeñez volver a entrar. La fragata del caballero Irigaray, que por haber creído a unos Talquinos y a un constructor se determinó hacer allí, y que se perdió, dio mucho que trabajar al Gobierno de la capital y de la Concepción para arbitrar modo de sacarla, pues fue cedida al Soberano, pero ni aun con este poder se echó fuera. El coronel de marina don Isidro Guerra del Postigo fue comisionado para el reconocimiento de este puerto, y dijo bien claro que las basuras y bancos de arena era imposible quitarlas para hacerlo útil. Con todo, los de Talca porfiaron en construir otra embarcación, y sucedioles lo mismo; se comisionó otra vez a don José Antonio de Irizar, piloto de mucha instrucción, y éste repitió lo mismo, asegurando que, aun cuando pudiese salir alguna embarcación mediana, no podría entrar con las fuerzas humanas. A más de que aquélla es una costa de mares bravísimos, y presentada a los vientos, que sería poner en riesgo cualesquiera intereses que en embarcaciones se transportasen.

Repitiendo otra vez, como dije al principio, que nada puede decirse con acierto de lugares que no tenga uno experimentado, debo también dudar de la fecundidad de los dilatados valles y planes que se encierran en los Andes y se contienen en los llanos que desde los montes median hasta este río. Los Peguences que habitan aquellos pagos no tienen otro oficio que el de nómadas o pastores. No tienen siembra alguna, ni se mantienen sino de carnes de caballo, vaca, oveja, guanaco, marra, avestruces, etc., y viven a modo de los salvajes. Hablaré en esta parte sólo por inferencia de los antecedentes que haya palpado y de la experiencia que tengo en los campos Chilenos.

La tierra negra, entre amarillosa, suelta, porosa y suave al tacto, es la que en nuestro continente llamamos trumagosa, y distinguimos por fecundísima y de admirables producciones. Pues tales son las de los valles de las sierras, en la mayor parte de su extensión; y aunque en muchos lugares sea pedregosa, por esta misma causa debe ser más

fértil, porque la piedra hace conservar más la humedad, y fertiliza las plantas de un superior modo.

Debe suponerse que entre los Andes toda siembra debe hacerse desde Octubre hasta Diciembre, y las cosechas, desde Febrero hasta Marzo, en cuyos tiempos, aseguran aquellos habitantes, son extremos los calores; y deberá ser cierto, porque yo experimenté algunos en Abril bastantes recios; supongo también en que por esta razón se endurezcan con brevedad las tierras en los sitios menos húmedos y más gredosos. Ni uno ni otro obsta para prometerse seguras cosechas con abundancia. En los cajones que hay en los Andes se encuentran, como he dicho en el diario, mil esteros que bajan de las quiebras de las colinas y riegan con naturalidad los planes; así, en caso de seca podrían soltarse las aguas a las sementeras y regarse según la necesidad. En nuestros cajones de las tierras marítimas acostumbramos nosotros sembrar y cosechar en los tiempos referidos; y como aquellos montes están inmediatos a la Concepción y rinden copiosamente, de ellos se abastece la ciudad de cebadas, maíz, frijoles, garbanzos, chícharos, batatas, alverjas, lentejas y otros granos, que no sólo sufren para aquel consumo, sino también para el del puerto de Talcahuano, para el de las embarcaciones de comercio, y aun para el de los ingleses americanos, que frecuentemente arriban a aquel puerto en busca de víveres.

Las sementeras grandes de trigo que se hacen en Chile, en los lugares mediterráneos, son en Abril o Mayo, porque son tierras enjutas, y gozan de las aguas del invierno; pero en los bajos o vegas no se siembran hasta que no se enjuguen, que es por Setiembre, o principios de Octubre, y suelen cosecharse con mayor aumento. Las chacras de frijoles, maíz, garbanzos, etc., en ninguna parte se entierran hasta pasados los hielos, y todas las siembras se logran con la sazón necesaria.

En el lugar de Rimemallin, al que llegué el 12 de Abril, encontré una porción de rábanos y nabos fecundísimos y tiernos, producidos sin duda de algunas semillas que llevaron los indios entre el trigo o cebada que traen de nuestra frontera, que me hicieron acordar de los que producen las vegas más fértiles de Itata. También se ven por allí algunos tiernos arbolillos de duraznos; más acá, en Butacura, dos frondosos manzanos, y en la orilla del Tocomán, tres tan abultados y fecundos que hasta entonces tenían frutas como los cultivados en Chile. Así mismo, en las poblaciones que fueron de indios, manchas de mostazales, cuyas plantas parecían de arbolillos, según su corpulencia. ¿Y cómo se podrá dudar de la fertilidad de estos terrenos, y que en ellos se lograrían muy grandes cosechas? En ellos hay también lugares inútiles, como son la parte mayor de las sierras, que son formadas o de arenas o de peñasquerías, y otras muchas minadas de ratas, zorros, zorrinos, quirquinchos, y de otros animales, que ni aun a pie puede en ellos andarse. Otros que por su naturaleza son estériles, y esto se ve desde Chadi-leubu con más frecuencia hasta salir de los montes, y desde Chadico hasta este río. El diario da en esta parte bastante idea, pues siempre he tenido el cuidado de anteponer a los acontecimientos del día la esterilidad del país.

En todos los llanos siguientes a las cordilleras, que son buenos, no encuentro embarazo para que se pudiese sembrar, a entrada de invierno, los trigos y cebadas; y con atención a

que en ellos hiela como en Chile, postergan las sementeras de legumbres más delicadas para la primavera. Aunque hay muchos retazos areniscos, hay también entre ellos otros muchos firmes, y así unos con otros son lugares buenos para crianza de animales, en los que procrearían con abundancia. Todos los campos están llenos de arbustos, y los más despoblados de pastos que ahora vi, me parece que en la primavera abundarán de alfilerillo y cualputra. La belleza del cielo en los Andes, y la claridad de la atmósfera de día y de noche, es lo mismo que en Chile. Las cuatro estaciones del año, dicen sus habitantes, son bien conocidas, y ellos las distinguen muy bien, como se dirá en el tratado de sus costumbres. Desde que comienza la primavera, que ellos la aclaman, con el brote de los árboles, hasta pasado Abril, llueve poco y no nieva. En Mayo caen algunos aguaceros y cortas nevazones que alcanzan a las cimas, pero se deshacen las nieves con prontitud. A principios de Junio ya frecuente uno y otro, se cubren todos los montes de blanco, esparciéndose en los meses subsecuentes las nieves hasta algunos bajos, y esto dura hasta fines de Agosto, o principios de Setiembre, que ya se empieza a trajinar, tanto por los indios como por los españoles.

El camino que he traído se cierra en dichos meses, desde el Chacay exclusive hasta Rimemallin, cuyo espacio es de 12 leguas 23 cuadras. Véase el estado de las distancias, rebajando lo que dista el Chacay del fuerte de Ballenar. En dicho Chacay inviernan animales de los españoles de Antuco, y en Rimemallin indios, según ellos mismos me lo aseguraron; uno y otro ejemplar es suficiente prueba para creer que en estos sitios no debe cargar nieve. No es decir esto que en los montes restantes para el levante no nieve, sino que como la ruta se dirige ya por cajones o sus inmediaciones, esto es, a la costa de esteros abultados y bajos amplios, no carga de modo que impida el tránsito, ni la habitación de aquellos naturales, ni el que se mantengan al raso del campo sus cuantiosas haciendas.

En la estación de invierno debe por lo natural ser aquél un clima frigidísimo; pero también es cierto que deben minorarlo los muchos minerales que allí abundan, y lo abrigado de los vientos que es aquel lugar en las más partes por el encadenamiento de los montes. Ya dije en el diario, estando en Tilqui, de una nevazoncilla que cayó con un corto aguacero, y al siguiente día, que fue el del reconocimiento que hice del camino de la Capilla, pasé la noche en la cima de la cordillera de Puconi Maguida sin más cama que el avío, ni más cubierta que el poncho. Cayó una copiosa helada sobre las partes de nieve que quedaban; fue grande el frío que sentí, pero mayor los he experimentado en los llanos debajo de mi capa, y en las comodidades de mi cama.

El temperamento aquel es saludable, sin duda, pues no hay enfermedad común que conozcan aquellos habitantes. Las aguas, carnes y yerbas tan gustosas y nutritivas cual lo manifiestan la robustez de los indios, la hermosura, la sanidad, pelo lacio y corpulencia de los ganados vacunos, ovejunos, cabríos y caballadas. Muy raro es el indio que muere mozo, de enfermedad natural; y ninguno hay que descubra en el semblante, ni en los demás accidentes, los años que tiene. Muchos vi que pasaban de cincuenta años y no manifestaban treinta, y entre ellos el cacique Manquelipi, que me pareció hombre de veinte y cinco años, y después me contó que el año de 68 era ya hombre guerrero. Los alimentos duran mucho tiempo sin corromperse; y experimenté que la carne fresca me

duró intacta, y con el mismo gusto de fresca, trece días, sin embargo de cargarse encostalada y de haber pasado esos días calores fuertes. Lo mismo sucede con las frutas que los indios traen de nuestras fronteras, que se secan antes de corromperse, y con los animales que mueren en el campo, que se desecan, y así duran años; y es de notar que llegan a mudar el color del pelo, que al cabo todas las clases se vuelven pardos. Como veía que todos los animales eran de un color, dije a los indios no criasen de aquella clase de animales, pues notaba que de un pelo sólo morían. Con este reparo me instruyeron que el tiempo era el que los reducía a aquel color.

El cordón de los Andes, según todos los prácticos dicen, es mucho más bajo cuanto más al sur corre o se allega. Por consiguiente, convienen en ello todos los indios Peguanches y Guilliches que habitan en sus espacios, y aun añaden que cuanto más al norte se cierran más temprano de nieves, y se abre más tarde; es regular por las mayores alturas de las sierras. Sobre este particular me dediqué a tratar con los ancianos de aquellas reducciones, y me dieron pruebas de experiencia para acreditarlo. Manquel me aseguró que al otro lado de Limay-leubu puede pasarse por sobre las más bajas, sin nieve, del oriente al poniente de los Andes. Carrilon me contó que los Guilliches, en lo rígido del invierno, comunicaban el éxito de sus malones a los Llamistas, y aun les pedían auxilios si los necesitaban, que es conforme con lo que sabemos en nuestras fronteras, y, en fin, me refiero a la relación que me hizo Manquel. En Butacura la tradición nos asegura que por Canigalo, o en esos espacios, debe ser el camino antiguo de las ciudades imperiales, Osorno, Baldivia, Villa-Rica, etc., a la de Buenos Aires. Da alguna idea de ello la carta del padre jesuita Imonsff, que se halla en Baldivia, cuyo testimonio se me remitió de allí, que es del tenor siguiente: «Antigua ciudad de Villa-Rica, y Marzo 4 de 1716. En esta fecha se cumplen cuarenta años, días ha que me hallo empleado en el reconocimiento de estos terrenos, movido de las noticias que por diferentes sujetos y varios papeles he tenido de sus ricas minas, su amenidad y demás proporciones para la humana existencia. Y a la verdad que, después de conocer por tan verosímiles aquellas relaciones (es que nunca por mi concepto habían merecido cultivo en el campo del aprecio), no me queda escrúpulo para escribir que tuvo la nota de mi pequeña pluma, la que con rasgos de cosmógrafo tomó el empleo de relacionar las particularidades de esta arruinada ciudad; pero, no obstante que estas noticias tuvieron la suerte de no ser el óleo como merecían y merecen siempre, se deben estimar, porque sirven de norte al humano entendimiento, que las quiere examinar por dar a conocer al público ser este arruinado pueblo el tesoro mayor que puede conocerse en este reino, pues por todo su distrito se encuentran minas abundantísimas de oro, plata, cobre, plomo y estaño, y lo mejor es de diamantes. Se halla esta citada Villa-Rica en 38° y minutos, situada a la parte del sur de una grandísima laguna, y sobre la ribera de ella, tres leguas distantes de su volcán. En lo poco que me parece, tengo andado a distancia de cuatro leguas, en el potrero del cacique Pucón, en una quebrada, he visto un mineral de cobre tan abundante que muchos peñascos muy grandes son la mitad de este metal, y otros se cubren con venas tan gruesas como brazos de hombres, de modo que para su beneficio sólo tendrá la industria el costo del cincel. A su inmediación se halla un riquísimo lavadero, en la falda de un risco, de cuyo arroyo llevo dos piedras que, aunque pequeñas, tendrán algo más de una onza de oro, y tan franco y limpio que pienso daría de baja al más copioso de los que se conocen a poca distancia. He visto varias bocas, minas y labores, aunque sólo he examinado los metales de una, y

conozco no quiso la Divina Providencia siguiese el progreso de estas riquezas, por lo mucho que se extiende la codicia en la posesión de tan inconstante dicha. A seis leguas de esta población he visto unos cerros nombrados Vehipiró, todos de pedernal, y llenos de labores, en que se manifiestan las vetas de saque, por donde desentrañaban lo más firme, siguiendo la guía de los diamantes; y aunque éstos no están visibles, no le queda duda a mi experiencia, abundan de diamantes estos dichos cerros.

»Deseoso de reconocer alguna parte del camino que corre al otro lado de la cordillera, tan ponderado por estos indios de bueno, y trabajado por los antiguos pobladores, en lo poco que he logrado internarme iba advirtiéndome en la cordillera que se pasa la mayor parte sin la menor subida, y sólo después de la laguna se sube un cerro bajo, algo montuoso, para salir a las campañas, a las que inmediatamente que se sale se encuentra una hermosa laguna, y al pie de ella un volcán nombrado Rico Leufú. No sé cómo se pueda ponderar la hermosura de este lago y su volcán, plantado en la mitad de tan singular llanura, y siendo éste el camino para Buenos Aires, que me aseguran estar inmediato, y lo conozco por mi observación, puede este volcán servir de guía a cualquiera que intente dirigirse a aquella ciudad. Últimamente, padre mío, el diario y sus figuras, que llevo trabajado con tanta eficacia, darán más que admirar que cuanto yo pueda decir, estando muy despacio, que ahora no es decir nada, por escribir tan de prisa». *Padre Imonsff.*

Ninguna razón me dieron los Peguences de los lugares que cita esta carta, ni del volcán que pone en las llanuras del occidente. Puede haberse apagado como el de Paye, y otros anónimos, que ya sólo se conocen por las escorias; y como esos lugares son en tierras de los Guilliches, a las que no transitan por ser sus rivales, también pueden haberlos y no tener noticias de ellos. Lo cierto es que el nombre de aquella ciudad da a entender las riquezas de que abundaría.

Volviendo, pues, a mi asunto. Los vientos en los Andes son de la misma cualidad que en Chile, y causan los mismos efectos. El norte y nor-oeste atraen las lluvias, y por el contrario el sur y el sud-este las disipan. Los primeros aseguran temporal, y los segundos serenidad. El barómetro que los indios tienen para conocer estas variaciones es el frío o calor, y así, hay frío, aseguran bonanza, y cuando no lo hay, lluvia.

Ello es cierto que el norte y sus laterales, para penetrar aquellas regiones, atraviesan la Zona Tórrida, y deben de ser así cálidos y lluviosos, por la multitud de vapores de que cargan al pasar por entre los dos trópicos; y el sur, como viene inmediatamente del polo antártico, ha de ser fresco y seco, y así aquellos salvajes en su vida al cabo son racionales para hacer inferencia según sus observaciones.

Experimentándose, pues, allí las lluvias y serenidad por las mismas estaciones y vientos que en Chile, debe suponerse que los temporales y truenos suenan al mismo tiempo, o con corta diferencia, en ambas regiones. Los indios aseguran que los truenos suenan en la mar, y los oyen ya más lentos, ya más recios, según la distancia. Por consiguiente, siendo dominante el sud-oeste en Chile todo el tiempo que el sol se halla en el hemisferio austral, y que entonces no sufre el contraste de los vientos lluviosos, arrebatados del cielo e impele hacia aquellos montes los vapores, que condensados se desharían en lluvias, si

amontonados en nubes no los descolgara rápidamente, penetrándose por los cajones de los Andes hasta hacerlos pasar a esta parte del Oriente; donde, chocando con las que llegan del mar del norte, se deshacen en copiosos aguaceros, granizos y truenos que se ponderan en estas provincias orientales por el estío. Pero es tan notable este orden que apenas pasa uno de las cordilleras cuando lo experimenta.

El día que llegué a Luanco lo noté, porque desde las ocho de la mañana sopló norte, y se fue cerrando la cordillera, pero reventando el sud-oeste tuvimos granizada, agua y truenos en muy poco rato. En el cordón de los Andes son frequentísimas las exhalaciones, muchas noches las vi cuando habíamos tenido de día calor; y también los indios aseguran que aparecen en el verano globos de fuego que corren para Chile, y los suponen que son originados del volcán.

La mayor parte de aquellos terrenos abunda de materias sulfúreas, bituminosas y férreas que, incendiadas con la humedad de las aguas subterráneas, hacen despedir humo a varios cerros. Apenas hay muy pocos elevados que no estén llenos de erupciones de escoria, bastante prueba de lo que digo. Otros se han conocido por volcanes, como el Filgu, el Payer, etc., cuyas cenizas hasta más de 30 leguas al levante las viene notando. En el día sólo arde el de Antuco y el de la Villa-Rica, pero ni el uno ni el otro con aquella actividad que antes tuvieron. El de Antuco está unido con la sierra Velluda, monte elevadísimo; ambos mantienen la nieve en su cima por mucho tiempo. El volcán es de arena gruesa, y el otro de peñasquerías, y entre los cajones que forman estas rocas se perpetúa la nieve.

Las partes inflamables de que se componen aquellos terrenos son la causa de los temblores frecuentes que experimentamos en Chile, y los indios aseguran los sienten muy fuertes. Pero ellos tienen la ventaja que nada temen, porque no experimentaron ruina por ellos, ni usan edificios que puedan venirles encima; se ríen de ellos, diciendo que se sacudió el caballo.

El suelo es allí tan limpio como el aire. No se encuentran víboras, ni serpientes, osos, lobos, ni tigres, ni otra especie alguna de animal venenoso; ni aun sapos ni ranas conocen aquellos indios, si no los vieron en las humedades de nuestras fronteras. Sólo hay leones, pero cobardes como los de nuestros bosques, que huyen de las gentes, y se alejan de las poblaciones y lugares que se trajinan. Ninguna suerte de insectos infesta el aire, sino algunos zancudos; y, por último, ni aun piques hay, para que gocen de la misma comodidad en esta parte que disfrutamos los del obispado de la Concepción.

Así pues, como desde Talcahuano se viene insensiblemente subiendo hasta la cima de Pichachén, desde ésta se viene insensiblemente bajando hasta este río, y presumo seguirá el descenso hasta la misma capital de Buenos Aires. Aquellas aguas corren todas hacia el poniente, introduciéndose ya al río de Laja en su carrera, ya a la laguna de su origen. Éstas corren hacia el oriente, abultando al estero de Ringui-leubu, que concluye al río de Neuquén.

Son muchos los ríos menores que descienden para esta parte de la cordillera, o que se forman de aquellas fuentes en los terrenos de los Peguenches, y de que hasta ahora no

había noticia. El diario la da exacta, -14- puntualizando todos los que hemos pasado, pero mi deseo se extendió a indagar los demás, que se comprenden en los espacios que poseen nuestros Peguenches fronterizos, y según las noticias que me dieron son las siguientes.

De la cordillera de Pichachén, como en el diario expongo para esta parte, corre Ringui-leubu, y le entran de norte a sur (además de los que allí digo le confluyen de sur a norte) Fran-leubu, Guan-leubu, Moncol; esto es hasta Butacura, independiente de muchos arroyos de poca importancia que desde allí hasta las juntas con Neuquén, que son a distancia de tres leguas al oriente, se le introducen de sur a norte Nirri-leubu, Coyaque, Chacayco y el Tocaman, compuesto de muchos esterillos.

El río de Neuquén viene de norte a sur, al pie del poniente (por el lugar de la capilla), de la cordillera de Puconi Maguida, o Chollol Maguida, como otros dicen, y, descabezándola para tomar su curso hacia el levante, recibe a distancia de tres leguas de Butacura, como dije, a Ringui-leubu y luego al Tocaman.

En ese atraveso a la capilla le entran a Neuquén, de poniente a oriente, Rarin-leubu, Lig-leubu, Butale-leubu, Tubanco, Daguegue, Iguera-leubu; y de oriente a poniente, Millancehico, Gotalon, Barbarco, Itaylinco y Pichi-barbarco.

Como he dicho, Neuquén, desde las juntas de Ringui-leubu y el Tocaman, toma al oriente hasta salir de los Andes, y en esta carrera desde aquel punto se le introducen por la ribera del sur Buta-leubu, Raqueco, Triuquico, Taquimilá y Pichi-Neuquén, que es el estero de las Salinas Grandes, desde cuyas juntas se le incorporan el río Macu-leubu, que baja al oriente de las cordilleras, desde cuya incorporación ya Neuquén se titula Macum-leubu, cuyo nombre disfruta el espacio de cincuenta leguas hasta juntarse a Limay-leubu. En todo este intermedio sólo le entra a Mucum-leubu el río de Cubunco, y esto es a distancia de legua y media de haberse juntado con Neuquén.

Volviendo a Neuquén, en las juntas de Ringui-leubu, de norte a sur, le entran el río Cudi-leubu, que se forma de los esteros Burinechinguí, Quilmague, Daquen, Coritun, del Azufrado, Trincanmatal y de Ligeó.

Más al oriente, a distancia de tres leguas, se le introduce el estero de Tilqui, y otros muchos de menos consideración, pues hay tantos arroyos en aquellos montes como quebradas o bajos tienen los cerros, y en todos ellos hay mallinares. Todos estos ríos y esteros que he nombrado los he conocido, o vi sus embocaduras, y muchos de ellos pasado, como se verá en el diario, a excepción de Richi-Neuquén y Mucum-leubu, que es el río más grande que nace al oriente de estos montes que quedaron al sur.

Nadie podrá dudar que Neuquén, desde las puntas de Cadi-leubu, sea navegable de embarcaciones menores; y por él sería fácil introducirse a Limay-leubu, y por éste hasta la costa patagónica.

De Tilqui para acá tenemos los esteros de Auquinco y Tril, que se resumen, el primero, en una laguna salada que ya he ponderado en el diario, y el segundo, en la vega de Tril. Más a esta parte, a distancia de seis leguas veinte ocho cuadras, está el famoso Cobuleubu, que es río de tanta agua como Neuquén, y le entran de los Andes, hacia la parte del sur, Currimunin-leubu, Collimamil-leubu, Ranquilco-leubu, Liucuyum-leubu, Coiqueio-leubu y Yammechi-leubu. Este río toma al oriente desde que se desprende de los montes, y lo venimos costeanado a una vista hasta cerca de Puelce, desde cuyo lugar toma su curso al sur, para la costa patagónica, y aseguran todos los indios prácticos que sin disminución se introduce a la mar.

Entre las demás que tienen por suyas estos Peguenches, cuentan los ríos Trapa, Uñodquin, Uyese, Quirco, Gueyea, Pichicobuleubu, Malalque-leubu, Gatachacayco, Pilaguanco, Nubulco, Palaunelu, Chacayco, Ailon, Papacayo, Llobcha, Liguaranca-leubu, Ruquin-leubu, Llimalal, Guraco, Munulco, Tricalmal y Chadi-leubu. De algunos de éstos se forma el estero del Pino, que corre para la laguna de la Laja, por entre las cordilleras del poniente. De otros se forma Picho-Neuquén, y Mucum-leubu, y de los otros Cariguenaque-leubu, estero que divide a los Guilliches de estos Peguenches, y entra a Limay-leubu.

Todas las aguas de estos esteros, a excepción de Augumeo, Pechi-neuquén, Triquico, Tril y Colu-leubu, que son salobres, las demás son frigidísimas, dulces, delgadas y muy cristalinas. No puede uno verlas sin que muevan a tomarlas, y puede hacerse con satisfacción, que no harán daño. La más especial calidad que tienen es el ser diluentes, y en tanto extremo que conforme se bebe, se come. Las aguas de Chile son ponderadas, pero la mejor de todas ellas no iguala a la peor entre los montes; todas ellas corren por sobre cepas de apio, y en sus vertientes es tanta la abundancia que hay de esta saludable yerba y su fertilidad, que en muchas partes estorba para andar con franqueza.

Con sola esta noticia de las muchas y bellas aguas que riegan aquel país andino, y que no hay duda la mayor parte de ellas sean de minerales, puede inferirse su salubridad, amenos prados y deliciosos sitios. En todo el atraveso de cordillera no vi otra laguna de consideración que la de Laja. Ella es un estanque de agua profundísimo, cual puede considerarse la detienen montes, hasta subirse por ellos, para lograr del copioso, derrame que se llama río de la Laja, porque revienta sobre lajas, y la mayor parte de su caja se forma de ellas. A esta laguna le entran una porción de esteros, que entre todos deben formar igual cuerpo de aguas al que contiene dicho río, pues ni tienen motivo para resumirse en aquel lugar, ni otro desagüe. La laguna es de agua clara, dulce y muy fría; continuamente está en movimiento; su circunferencia será de diez a doce leguas, pues hacia el norte, nord-oeste y este hace entrada de mucha extensión a las sierras. Todos aquellos montes son asperísimos y de peñasquerías inaccesibles, pero ponderan los indios que entre ellos hay valles primorosos, a los que suelen introducir caballadas para que engorden. En la costa de esta laguna noté un sinnúmero de langostas muertas, del tamaño de un palmo. Pregunté que si se criaban por allí, y me contestaron que no, que serían provenientes de las Pampas, en alguna manga que le tocó caer en el agua, y con el flujo salió fuera. Ya dije en el diario que en el Tocaman había dos fuentes de aguas termales, en las que se bañan los indios, y sanan sin más unción de sus quemaduras, que

voluntariamente se hacen para guardar el fuego (que ya explicaré en el tratado de costumbres), de los granos de que se inficionan por su imponderable mugre, y aun de la vista que regularmente padecen. Pero antes de llegar a estas aguas hacia el norte de la abra de Pichachén que pasamos, me han asegurado estos indios, el dragón de Baeza y el capitán Jara, hay otros dos baños casi juntos, que el uno es de agua hirviendo, donde echan los viajeros tronchas de carne y se cuecen muy pronto; y que a los pocos pasos de ambos pujios sale un arroyo de agua fría.

Azufradas también las hay en otras muchas partes, pues por el camino que gira río arriba del estero del Pino, para los pinales, se encuentra un monte que por muchas partes brota azufre limpio, y por sí purificado, de cuyos minerales sacan en costales, y se podrían extraer todas las cantidades que se quisiesen.

Este monte, me han dicho, está lleno de arroyos, y todos con el gusto a azufre. El estero que se introduce a Cudi-leubu antes de llegar a Tilqui, desde más de una cuadra de distancia, al llegar a él ya se percibe el olor a azufre; y es tanta su composición, que noté al pasarlo por las chispas que saltaban a los estribos y botas, en el momento se cuajaron. Siendo en mi concepto la mayor abundancia de minerales en los Andes, cuanto más al oriente se hallan son también de peor sazón las aguas; y así, desde Tilqui ya son desabridas o salobres.

Lo mismo es este río de Chadi-leubu, cuyo nacimiento es de la cordillera llamada Ocupal, que está más al sur del lugar de Cusa, por donde corre el Diamante. A este Chadi-leubu, me ha dicho Puelmanc, se le introducen en los montes los esteros Pelaguen-leubu, Chacayco-leubu, Pichamalal-leubu y Lober-leubu, y que en toda la travesía de la Pampa sólo le entra Potrol, más al sur de este sitio, cerca de las juntas con el Diamante. Según la descripción que hago en el diario de los ríos, debe inferirse que éste es el de mayor cuerpo, pero regulo que no es por razón de sus aguas, sino del sitio, que tiene poco descenso, y así está alagunado. A distancia de cinco leguas de este punto se junta con el Desaguadero, al cual se le incorpora dicho Diamante. En toda esta costa hay lagunas que se originan de derrames del río.

En pasando los que me restan, y que los reconozca, expondré lo que sienta sobre el lugar que deba preferirse para el tránsito, a fin de ahorrar pensiones a los viajeros.

En todos los montes, y aun en los intermedios hasta este río, se encuentran muchos cuerpos marinos, ya calcientos, ya petrificados. Estas cualidades no sólo se notan en las superficies de los Andes, sino también en profundidades de bastante consideración, como se ve en los derribos de los torrentes. No debe quedar duda, por estos indicios, que las aguas del mar tuvieron mansión en todos estos terrenos.

El cordón de los Andes, que se dice compuesto de tres líneas, yo lo he visto, y con suma atención, que se compone de innumerables, y son unas serranías inexplicables e incomprensibles a un hombre. Sólo puedo decir que es una cadena de cerros que tan presto ve uno una cordillera que corre de norte a sur, como andando unas pocas cuerdas la ve de oeste a este. Y, en fin, yo no atravesé otra cordillera que Pichachén y la de

Cocholmaguida, y por una y otra parte del camino vine dejando montes sin orden en altura ni en dirección, porque unos se unen con otros, y otros están separados.

Entre la infinidad de sierras, es cierto que apenas habrá alguna que no oculte primorosos valles, aguas y minerales útiles. Hay muchas enteramente de yeso, otras de talco, otras con vetas de piedra cardenillo, otras de calcáreas, de cristales, de pedernales, de piedras férreas, de jaspes y con muchísima frecuencia de todas clases de canteras.

Desde Neuquén hasta Tilqui hay muchos minerales de carbón de piedra, y por todos los cerros materiales volcánicos. Todas estas minas están en vetas que de uno a otro cerro trascienden, y se hacen tanto más armoniosas cuanto más se manifiestan a la vista. Son comunes también las buenas gredas; de ellas trabajan las indias ollas para cocer sus comidas, y tinajones para que fermenten las chichas; unas y otras piezas son de mucha consistencia. También me aseguraron había olorosas, de color entre amarilloso. Lo que yo vi fueron tierras suaves coloradas, negras, amarillas, blancas y azulejas, todas finísimas, y que se desprecian como de peor condición.

Para hacer narración de las clases de piedras que allí se ven, sería necesario formar un cuaderno voluminoso, y así sólo daré noticia de las más notables, que son negras y lustrosas como el azabache, por todas partes con recortes, en las que parece anduvo el arte; otras blancas calcientas, con el centro de un pedernal finísimo, y éste hermosado con venas encarnadas, azules y blancas. Otras redondas y areniscas, en cuyo interior tiene de alma un caracol de piedra más sólida, de color negro; otras blancas con una porción de engranujado o de color blanco o verde, y entonces relucientes, o encarnado, y entonces como coral; otras de cristal finísimo, y de figuras particulares. Son tan comunes estas minas de piedras por el cajón de Cayden, y desde la Capilla hasta fuera de los Andes, que sería gastar tiempo determinar con particularidad los lugares. Muchas veces tuve que pensar sonaba campana por haber tropezado mi caballo en una piedra; no es ponderar, pues las hay tan llenas de metales que, dando las unas con las otras, resulta un eco tan sonoro como el de una pieza de cobre, o una platina de fierro. De estas piedras hay mezcladas extensiones grandes. De los pedernales finos no se hace allí caso, pues los hay en abundancia de todos colores y clases; de piedra redonda, a manera de balas de todos calibres, hay tres cerros, uno en Truenco, otro en las Salinas Grandes y otro por la Capilla. En el diario he dicho la distancia de la ruta en que quedó el poderoso Payén y el monte de Chachaguen. Los Peguenches aseguran que en éste está el otro de manifiesto, como allí expreso, y que en su cima o espinazo hay una barra de oro macizo bien gruesa. No me faltó voluntad de haber pasado a este cerro, que está solo en el campo fuera de los Andes, pero no lo hallé por conveniente, por no manifestar interés a los indios.

Los minerales de sales descubiertos hasta ahora son muchos. Los más conocidos y frecuentados son el de Yuquiscó, que es de sal de piedra subterránea, y supongo que su extensión será mucha, porque la bocamina está cerca del río Neuquén, y el estero que riega el valle sale de una loma a distancia de más de una legua, que, siendo salado, como lo es, de su origen, puede muy bien ser porque la mina alcanza o pasa de su nacimiento; y las de Pichi-Neuquén, en donde se recoge la sal sobre la superficie de la tierra, pero se halla en tanta abundancia que es inagotable, porque conforme la extraen, se reproduce.

Antes de la sublevación del año 70, tengo noticia que en todo el obispado de Concepción no se gastaba otra sal que ésta, y también que entonces no se conocían allí las diarreas de sangre, que hoy matan a muchas gentes.

El origen o causa de esta enfermedad se supone así por la sal de Guacho; yo tengo entendido lo mismo, porque entre los indios es hasta ahora desconocida semejante dolencia, y en la frontera muy poco común. También he notado en dos capitanes, que enfermaron en los Ángeles de diarreas de humor; y, habiéndolos llevado a Concepción para mejor curarlos, se les pasaron a desangre, y perecieron al muy poco tiempo, como se acostumbra la sal nociva.

El consumo que hace el obispado de Concepción de sal de Guacho es grande, y sería muy útil el tomar providencias para que se extrajese otra tanta cantidad de estas salinas, a fin que de ésta solo se gastase.

Nada difícil sería extraer esta sal de cuenta de Su Majestad y, justipreciándola al precio que se vende la otra, tendría el erario una entrada considerable, se daría mejor salud al público y quedaría la utilidad en nuestra patria, a quien la Providencia le deparó estas minas.

Yo bien presumo que este axioma no será bien recibido, ya por algunos interesados en el comercio, ya por los que se pensionarían en la expedición a Salinas, y que dirán que el principal renglón que los Peguences tienen para permutar trigo es la sal, y que sacándose del modo proyectado no tendrían ellos este comercio, y así que no lo permitirán.

Satisfago; los Peguences son racionales y muy interesados a su bien y utilidad. Hágaseles ver el proyecto y asegúreseles cambiar por trigo, de cuenta de Su Majestad, toda la sal que sacasen hasta Antuco, y verán que admiten el partido de muy buena gana, porque así se privan de andar de casa en casa, y en buenos términos de no ser estrechados para malbaratar su efecto. A Su Majestad le costará allí el trigo a 4 reales fuertes, y, siendo la costumbre del cambio saco de trigo por otro de sal, tiene más cuenta al erario esta permutación que las sacadas de las salinas. Lo cierto es que el ingreso sería grande, y que el proyecto produciría otras muchas utilidades a la corona por parte de los indios.

Al principio del diario, cuando hago relación del reconocimiento que hice de la escoria que tapó el camino antiguo de Prancoyan, expongo que noté en ellas mucha parte de sales, a manera de piedras cristalizadas de color amarillo, y son más frecuentes en costras y en florecencia por casi todos los montes hasta donde alcanzaron las cenizas volcánicas. Todo el terreno de los Andes es salitroso, y se deja ver, porque los animales apenas dejan de comer, cuando toman alguna playa para lamer, cuyo ejercicio es comunísimo en caballos, vacas y ovejas. Desde la orilla de Neuquén hasta este río Chadi-leubu, no se ve bajo que no tenga una pulgada de grueso el salitre sobre el haz de la tierra, y de consiguiente agua que no tenga su composición.

Por el lugar de la capilla se encuentra un monte de Polcura, y según afirman los indios hay otros muchos. Ésta es una piedra aluminosa entre cristalizada, de grano fino de color pálido y sabor vidriólico, con que preparan a todo paño para que tome el color perfecto del tinte que quiera dársele. Así también hay otras minas de piedras cardenillos entre verdosas del mismo sabor.

También se encuentran minerales de peces o breas, materias de que usamos en Chile para betunar nuestras vasijas de vino, a fin de que no se pasen.

Siendo toda la cadena de los Andes un terreno cuya mayor parte se compone de materias metálicas (según aseguran los naturalistas), en opinión de los mineralogistas deben ser estériles. Lo son en mucha parte, pues las sierras están desnudas, y sin otra cubierta que algunas matas de coirones y arbustos espinudos descoloridos y lánguidos. Cuanto más al oriente se camina más notable es esta infecundidad, y sólo los bajos y planes son los amenos y fecundos.

Según esta razón, en los valles no habría mina, que sería cosa rara, por ser todo un terreno; pero infiero no debe suponerse, porque la causa que ellos dan para la infecundidad de las tierras minerales es por los nocivos vapores que exhalan, pero, como éstos en los bajos deben contenerse por las continuas humedades, riegos y demasiados rocíos, no puede damnificar con vigor a los vegetales. También, no estando las minas en el haz, y siendo mucha parte de los terrenos de los bajos de los rodados de las alturas, deben irse anualmente en éstos profundizándose más los materiales metálicos, y por consiguiente debe ser más difícil despedir sus nocivos vapores, desde que se encumbra a una loma que da vista al delicioso valle de Auquingo. Ya todo el oriente de los Andes se reduce a lomas bajas, y las más de ellas estériles y pedrosas. Así muchos cerrillos desde lejos manifiestan el color de sus tierras, y como son tan diferentes esta variedad presenta tal gusto a la vista que sirve de entretenimiento.

Todos los arbustos que en la estación había estaban ya sin hojas, por cuya razón no explico su figura para el mejor conocimiento, como que son muchos desconocidos en Chile. Es comunísimo entre los españoles ponderar las actividades de las yerbas medicinales de la Cordillera, y es cierto que con este título se llevan a Concepción la canchalagua, naneu, violeta, doradilla, zarza, etc. Pero me he desengañado ahora que éstas ni otras yerbas de este rango se crían en las sierras, sino en los montes del poniente, cuya extensión es vasta, y se componen de las mejores y más elevadas maderas. No por esto faltan otras medicinales. La más común, y que se da con más fertilidad, es el apio; vi vástagos de más de dos varas de largo. Todas las aguas corren sobre piedras, pero aun sobre éstas se hallan muchísimas matas.

Hay algunas malvas, trébol, del arrastrado que llamamos gualputra, y del elevado parecido a la alfalfa, que sólo se distingue en la flor, que la tiene éste amarilla. Es consiguiente el alfilerillo, que siempre anda unido con la gualputra, y esto depende sin duda de los terrenos. Es yerba aromática y de un gusto agradable entre dulce; no hay pasto que engorde más a los animales que el alfilerillo; es medicinal para curar fístolas, llagas, etc., aun en el peor estado; y cuando los caballos están lastimados en el lomo, con

sólo revolcarse en el alfilerillo sanan. Esta virtud, que sólo la presume el abate Molina, se ha descubierto de poco tiempo a esta parte, por eso la anoto. Se encuentra en algunas partes ortiga de la común, y en muchas de la brava. Entre los mallinares, que es una especie de pajilla delgada, se ve llantén, paco y yerba-buena.

En las poblaciones que han sido de indios se hallan mostazales, algunas frondosas matas de trigo y cebada, así como otras de tomate y ají. No debe esperarse el que se multipliquen, porque, como los indios se mudan con todas sus haciendas, y para aquerenciarlas al lugar las mantienen muchos días a inmediación de sus toldos, los animales las desolan y consumen, ya comiéndolas, ya trillándolas.

En algunas quebradas de los montes vi alverjilla silvestre, pero es especie distinta de las alverjas que nosotros usamos. Hay también en los bajos sanguinaria, verdolaga y mucha romaza blanca y colorada, carizillo y duraznillo, todos purgantes.

Los más arbustos, que se encuentran cerca de los arroyos, están entretejidos con relbun boquisillo, útil para los tintes colorados.

En partes señaladas, dicen los indios, hay póquil, que es otra tinta para amarillo y verde, y también muy pocos maques, de cuyas ramas usan para teñir negro.

Los pangues son comunísimos por todas las humedades, y en algunas playas areniscas se halla paico. Esta yerba es más común fuera de los Andes.

Para sus tinturas se valen de la polcura, y relbun para el colorado. Del robo panguemanques, y de una enredadera que llaman quintral, para el negro del añil, que lo compran entre nosotros, para azul y verde, con la distinción que para el verde dan con el añil a los hilos un color sajón, y de esta suerte los echan en la tinta de amarillo, y cogen verde, o al contrario de amarillo los echan al añil, y salen verdes. No usan más colores en sus manufacturas o tejidos que estos cinco.

En Butacura, Triquico, Tocaman, Cudi-leubu, Cobu-leubu y Puelce hay mucho carrizo, en cales y pajales. De éstos se hacen los techos de los ranchos en todo Chile, los aparejos para mulas, las esteras de cama, etc., y en las costas de este río son montes inmensos los que hay de estas pajas. Los arbustos en todos los Andes, y en todos los campos hasta este río, abundan, y en partes son montes espesos que sería necesario rozar para las rectilíneas.

Todos son de madera tiesa, enjuta y dura; y tan espinudos que, como no los atiendan, ya se hacen respetar, dejando en las carnes o ropa señales de su braveza. Así son todos de consistencia para el fuego, y, aunque no tienen corpulencia para estaquerías de cercos, se podrían formar de ellos quinchas, que serían muy respetadas de los animales. Las clases de arbustos son romerillos, rarales, chacayes, pichis-gualles, yaques, collimamines, quilos, cuparra, caman, treuten, curimamil, miqui, sanqui, quitreu y soyes.

De éstos dan frutas los soyes, unas vainas que encierran unos porotillos, el trentén una especie de uva dulce, y los michis un grano parecido a la murtilla. De todas hacen chichas, estregándolas en agua tibia y dejándolas en unos vasos de greda para que fermenten.

En toda la cordillera no hay otros árboles que pueden servir sus maderas para fabricar que los leyngas, llaullaquis, guifones, maytenes y sauces. Los leyngas dan unas bellotas parecidas a las de los robles, que comen los indios. De las tres especies de árboles primeras, sólo se encuentran desde el volcán hasta todo el cajón de Pichachén al oriente, y de las otras, por todas las costas de los ríos.

Desde Puelce hasta este río se ven algunos árboles de chicales, pero no de mucho cuerpo; su color es verde limón, y de él goza hasta la corteza del tronco, por lo que es particularísimo; da una fruta como avellana, pero con hueso, y cierto manjar entre el ollejo que estando cocida es bien agradable; también en este intermedio hay algunos espinillos o quiscos.

Ninguna especie de gusanos vi en los montes, por más exámenes que hice de ellos. De insectos sólo conocí una mariposa, toda verde con el centro blanco; esto fue en Rimemallin, y aunque madrugaba mucho y en toda la noche vigilaba el estado de mi gente, jamás columbré ni una luciérnaga; sólo los zancudos abundan, y mucho más desde que sale uno a las llanuras.

Todos los ríos tienen cauques, lisas, truchas y pochás; este pescado es de particular gusto, como que se cría sin lodo y entre piedras; la espina sí la tiene más tiesa que el que se cría en la mar, lagunas o ríos remansosos, porque entonces no tiene que pugnar con las corrientes, como entre los montes.

Los pájaros son escasos en los Andes; sólo vi cóndores, gallinazos, taros, águilas y halcones; una u otra avecilla de las menores reparé, y de ella doy noticia en el diario como cosa particular, y de las gallinas entre los indios.

Desde que sale uno de los montes ya encuentra infinidad de perdices; las hay de tres especies, mayores como una gallina, menores y mínimas. Las menores son de carne regular, pero las demás desabridas y pajizas. En Chile no son tan abundantes, pero allí es la perdiz una de las aves más particulares que se conocen, no sólo por el buen sabor de su carne, sino porque tiene también cierta fragancia que llama al apetito.

Patos se encuentran en todos los ríos, lagunas y humedades, pero mucho más cisnes, coscorobas, garzas, flamencos y gaviotas. Jamás vi, ni en las costas del mar, tanta pajarería. De todos, el más apreciable es el cisne, por lo fino de la última pluma que tiene desde la pechuga hasta el vientre inclusive. Da una piel de más de tres cuartas de largo, y de tercia de ancho; es propia para regalillos y otros destinos que las mujeres saben darles. Todos estos naturales son afectísimos al plumero, o como ellos dicen, perquín, que es un penacho de plumas blancas, amarillas y coloradas, lo más común. Los trabajan de plumas

de los avestruces, y son muy sueltas y finas las que dan por los muslos, vientre y otras partes del cuerpo.

De las aguadas de los Andes, y aun de los mallinares más húmedos, toman los indios, con perros, muchos guillines o chinchimenes, que son una especie de gatos marinos, cuyo pelo interior es tan fino como la seda, y no menos suave. De este pelo se fabrican sombreros tan finos y durables como los de castor que traen de Europa.

Hay otra especie de gatos monteses de color aplomado con manchas negras. El pelo no es tan suave como el de los guillines; hay también coipos entre pardos, quiques, guiñas y muchos chingues o zorrinos. De las pieles de estos animales forman los indios sus sobrecamas o cobertores por medio de unirlos, cociéndolos unos con otros, cuya operación hacen las indias. Como todos son distintos, así en colores como en especies, forman un matiz bastante agraciado.

Todos estos animales corren poco, y por medio de los perros los toman con facilidad; y es de notar que el chingue es el más manso de estas especies, lo que atribuyo a la aventajada arma que trae consigo para defenderse. Ésta es de un humor fetidísimo que despide, desde que se ve acosado, pero es tan activo que infesta todo el contorno. Los perros se recelan de ellos por esta causa, pero, a fuerza de alentarlos los indios, se acercan, y con su ayuda los vencen; y los indios no se incomodan con estas pestilencias; así andan por lo común tan fétidos, que no es posible aguantarlos, y fue una de las incomodidades que me acompañaron en todo el viaje, porque fueron muy pocos los días que no hicieron presas de estos animalillos.

Ya he dicho que en los Andes hay leones bobos; los hay también por todo el camino de la misma clase, y en este terreno he visto muchos rastros de ellos.

Cuatro especies de animales que se guardan bajo de concha conocí desde los montes hasta este lugar, a saber, quirquinchos, peludos, mulillas y maticos. El abad los nombra, picos, peludos, mulitos y bolas; todos son de carne delicadísima, especialmente asados. También hay tortugas en los llanos.

Viscachas hay por todos los campos, venados o pudas, infinidad de guanacos y maras, que son liebres, y en los montes algunos guemules. Las pieles de todos son útiles.

En las riberas de este río Chadi-leubu, y del que se le sigue, hay muchos cerdos alzados; su origen es ignorado, pero, con atención a que estas tierras son habitadas de indios desde inmemorables tiempos, según me han dado razón los Peguenches habrán procedido de algunos que dejaron en sus mutaciones.

También dicen hay otros animales que nombran oop, cuya corporatura es como la del perro, pareciéndole también en la cabeza, hocico, patas y cola, y las orejas de vaca; ponderan que la lana que le cubre es como la de oveja, de una cuarta y más de largo, muy suave, y de color encendido o alazán.

Los Peguenches tienen crías de caballos, vacas, ovejas, cabras, gatos y varias razas de perros. Todos estos animales son de mayor corpulencia que los nuestros, y la causa es las mejores aguas, pastos y más extensión que gozan, pues siempre están remudando campos en que talan yerbas nuevas y sin trillarse. Estamos en Chile persuadidos que estos caballos Peguenches son de mala calidad; esto es, torpes, flojos y muy mal enseñados; pero ya he conocido lo contrario, porque he visto caballos muy lindos, ágiles, generosos y de bellas propiedades. Lo que ellos hacen es vender los que no les sirven, ni les parece bien, y de aquí resulta la mala opinión en que están estas castas.

Entre todos los montañeses, es el indio más rico el cacique Treca; tiene mucha hacienda y el cuidado de mantener divididas las manadas de yeguas según los colores, y lo mismo el ganado lanar. Este indio es afable, de rostro agraciado, callado y amigo fiel de los españoles; pero no por esto deja de tener las demás propiedades de los indios. Ninguna otra cosa digna de atención he notado desde mi introducción a los Andes, aunque mis luces son muy limitadas por haber acomodado esta descripción de modo que mereciera algún aprecio. Me queda el consuelo de que la he trabajado con buena voluntad y que es tan verdadera como que he traído en todos los días una apuntación de los objetos que he visto y que he examinado. Con la misma prolijidad he atendido al conocimiento de los naturales, a que se reduce el siguiente tratado.

TRATADO PARA EL PERFECTO CONOCIMIENTO DE LOS INDIOS PEGUENCHES, SEGÚN EL ORDEN DE VIDA

Por más investigaciones y diligencias que practiqué entre los caciques viejos y de mejores luces, sobre averiguar si tenían algún monumento o tradición de su origen, nunca pude descubrir de ellos en esta materia otra razón que sus primeros padres nacerían en estos terrenos, así como debieron nacer los primeros de las otras parcialidades, que las contemplan desde su origen, diversas, sin más relación que la del paisanazgo. Por esta causa conserva esta tribu la desunión con las otras; y de unos en otros días se asaltan, maloquean o roban, sin que les repriman ni contengan las paces que celebran en los parlamentos generales de Chile, a que todos asisten.

Siendo igual su lenguaje con el de los Guilliches, Llanistas y demás tribus, parece que en el establecimiento sólo sería una; y mucho más siendo una la fisionomía de todos, una la corporatura, etc., según el conocimiento y noticia que de ellos mismos tengo.

Aunque estos Peguenches han sido ponderados por de mayor corporatura, pero no es así, pues los he conocido a casi todos, y no vi uno que fuese más que grande, ni noté mayor corpulencia que la común entre nosotros y demás naciones. Sus aspectos son regulares y no tienen otra fantasía en corregir la naturaleza que en taladrarse las orejas para traer un aro de metal o de hilo colgado, y en pintarse la cara con diferentes colores.

Unos se cubren el rostro con una banda negra, dejando sólo libres las orejas y garganta, otros tiran por sobre los ojos y narices hasta las orejas una línea de dos dedos de ancho,

otros se afeitan los carrillos, otros se pintan sobre cejas y bigotes, otros el cuello y párpados de los ojos, otros sólo la nariz; y, en fin, cada uno a su antojo dibuja en su cara lo que les parece más propio para estar más lindo, con este fin lo hacen según lo aseguran.

Los colores que gastan en estos afeites son negro, colorado, azul y blanco, con la diferencia que el blanco no lo ocupan sino para echar algunas líneas a la orilla de los otros.

El negro con que se entintan es sacado de cierta piedra muy negra que llaman yama. Ésta la muelen estregándola una con otra, hasta que queda en polvo finísimo, luego le echan grasa derretida de cordero, con cuyo beneficio resulta una argamasa suave, renegrida y lustrosa. El color lo extraen de otra piedra que llaman colo, pero es color más fino que el de tierra el azul de otra que llaman codiu, y el blanco de otra que llaman palan; con este propio título invocan otra piedra amarilla, con la que dan color a las botas, morreones, coletas, etc.

Este uso de pintarse o teñirse la cara es común entre hombres y mujeres. Aseguran hacerlo para parecer bien, y algunas veces por hacerse desconocidos, en cuyo caso gastan del negro, cubriéndose todo el rostro.

La encarnadura de estos indios es por lo común prieta, inclinada a rojo, y debo decir que en su infancia no son tan oscuros, sino que se queman con los rigores del sol, aires y demás intemperies que sufren.

Aunque la estatura de estos Peguenches es regular de dos varas, poco más o menos, pero son más robustos, nerviosos y fuertes que los demás indios.

Ninguno vi disforme, pero sí muchos enfermos de la vista, que les debe provenir de lo afectos que son a calentarse en el fuego y a bañarse cuando más caldeados están, y también por lo sutil y delgados que son aquellos aires, que reciben siempre calientes.

Su pelo es negro, pero las puntas tiran a rubio, la cara redonda, los ojos confusos, la nariz por lo regular chata, la boca mejor hecha y más chica que la de los peruanos, los dientes blancos y durables, las piernas musculosas y bien formadas, y los pies y manos pequeños. Son abundantísimos de pelo, y lo atraen de atrás para adelante, sujetándolo por medio de una faja, con que se circulan la cabeza por la frente, que llaman trarilonco. De esta suerte el doblez de atrás les cubre un poco el cerebro, y las puntas les caen a la frente sobre las cejas. Para este trarilonco suelen tener pañuelos europeos los más ricos.

En los rostros de las mujeres noté una proporción casi igual al de los indios, pero siempre más finas, como lo exige el sexo. Ninguna vi de particular, algunas regulares y una feísima, que fue el día que de Rimemallin pasé a la capilla, en cuyo camino encontré a la mujer Llanqueman; ella era negra por naturaleza, todo el rostro peludo, lagañosa y de pésimas facciones, tanto que me espantó.

Toda esta nación vive sin cuidados ni fatigas; y, siendo de complexiones fuertísimas, como he dicho, por causa del temperamento, a más de los 60 años empiezan a encanecer; tampoco se arrugan ni encalvecen hasta muy viejos. Hay muchos octogenarios, y todavía conservan el rostro entero, la dentadura completa y la cabeza cubierta.

Cuando conocen cobardía son intrépidos y atrevidos, y tímidos y cobardes cuando al enemigo suponen de más fuerzas o de valor. La experiencia, con el frecuente trato de ellos, me lo ha enseñado. La guerra la miran como la última desgracia, y ésta es la causa por que sus malocas las dan a traición, y cuando suponen descuidado al enemigo. Todas ellas se dirigen a robar principalmente; y, si encuentran desprevenidos y sin fuerzas a sus rivales, a acabarlos, a desolarlos y a cautivar cuanto muchacho y mujer encuentran, en cuya presa ponen su mayor interés.

Son interesados, desconfiados y maliciosos, y es tan común que parece el constitutivo de la nación. Cualquiera regalo o dádiva que se les haga es suficiente para conseguir de ellos lo que se quiera. Las chupas y demás obsequios que les hice, junto con la esperanza de que el señor Virrey les había de volver a regalar en Buenos Aires, fue lo que venció a mis compañeros Peguences para venir conmigo. Calcúlese ahora qué importa lo que se les ha dado y puedan recibir con las pensiones que son consiguientes a un viaje largo, las pérdidas de sus animales y el maltratamiento de los otros, con los demás perjuicios que por su ausencia pueden resultarles en sus toldos. Cada día me preguntaban lo que el señor Virrey les daría, y que si no los regalaba, que si los regalaría el señor Capitán General de Chile, que si el Rey sabría de su venida para que los premiase, que les tuviese yo lástima y les diese bayetas, paños y otras especies para lucir entre los suyos y llevar a sus mujeres, y, en fin, tantas cosas de éstas que poco tiempo les quedaba para pensar en otras. Yo siempre les contestaba con indiferencia, diciéndoles que lo que yo no podía dar, no podía asegurar; pero que me presumía que el señor Virrey y mi jefe de Chile los regalarían; y que, en sabiendo de sus servicios, el Rey mi señor les dispensaría gracias por donde se hiciesen más respetados y memorables; pero para ello debían mantenerse firmes en su amistad, y ser fieles vasallos de Su Majestad. Con esta esperanza de día en día caminaban, pero siempre temiendo que no se les había de cumplir.

Les encuentro razón para el recelo y desconfianzas que tienen de nuestras promesas, y confieso que es efecto de nuestros malos e infames procedimientos con ellos. Los españoles que se internan de amigos a sus terrenos, y los capitanes y tenientes, que por lo común es gente ordinaria e ignorante y de pensamientos ridículos, les dicen lo que no es, les prometen lo que no les pueden cumplir, les dan una cosa por otra, les venden otra por dos tantos más de su valor, y, como después conocen haber sido engañados, de aquí resulta el recelo que tienen de toda la nación. Nuestros jefes, para tratar con los indios, se ven precisados a valerse de estas personas, que los conocen, que les tienen perdido el miedo y les entienden el idioma. Pero tengo también observado que, dando los recados tergiversados, o por su ignorancia o por su malicia, dicen lo útil de él, y nada de la substancia, añaden promesas y concluyen con que si les concederán cuanto pidan y quieran. Esto es imposible, y aquí está que quedan descontentos e incrédulos para lo sucesivo. También la comisión les sirve de utilidad, porque, como prometen tanto, les queda el blanco de pedirles; ellos largan con la esperanza de que por medio de los

emisarios tienen que merecer, y como esto no se cumple o satisface, queda el indio quejoso, y no contra el comisionado, que se sabe disculpar, sino contra el jefe. Si por esta clase de gente no fuera, no serían capaces los indios de negarse a ningún proyecto nuestro que siquiera les proporcionase mediana comodidad. Y, en fin, vuélvanse atrás los ojos y se verá que las sublevaciones de indios siempre se originaron por causa de los capitanes de amigos, o de gentes ordinarias, y si posible fuera que nuestras ideas se les comunicasen por gentes de bien y de buenos conocimientos y tratos, se introducirían en ellos otros caracteres tan distintos, que se formarían nuevos hombres; pero esta afortunada mutación, según el sistema regular, me parece por ahora imposible.

El vestuario que usan estos indios se reduce a dos mantas cuadradas, de dos y media varas de latitud, y de longitud lo mismo; son tejidas de hilos torcidos, a semejanza del barragán; para el diario comúnmente son azul turquíes, y para los días de lucimiento con fajas de otros colores, que matizan varias labores que forman. La una de ellas, doblándole a lo largo más de la tercia parte, se la envuelven a la cintura, en la que la atan con una faja angosta, y llaman a esta manta chamal. Sobre esta atadura dan una lazada corrediza a una mancornia de dos piedras redondas, como de dos libras de peso, forradas en piel fresca de caballo, que las unen con una cuerda de dos y media varas de largo, lo que llaman laques o bolas; y la otra, que tiene una boca en el centro, de media vara se la calan por la cabeza, para cubrir con ella todo el cuerpo, lo que llaman poncho. El chamal les alcanza sólo hasta la pantorrilla, y aunque muchos traen desnudas las piernas y pies, pero los más usan botas fuertes, que las hacen de pieles de gaymules, curtidas sobre frescas con cenizas, para pelarlas, y sobadas a mano, las dejan suaves como el mismo ante, dándole también el color de éste con la piedra amarilla, de que ya traté. Estas botas suelen hacerlas de las pieles de corva de vaca, de caballo, etc., y es en esta forma. Descueran las piernas del animal desde el músculo hasta la uña, la corva le sirve de talón, la caña de pie y el músculo de pierna para la costura que deben darle. Usan, en lugar de cáñamo o de pita, de los nervios del espinazo de todo animal, que las indias lo benefician; de esta suerte extraen los nervios, los ponen al sol y, estando casi secos, los mascan con los dientes hasta desunirlos y deshacerlos, como nosotros haríamos con la tascadera; y estando en estopa los hilan; pero es tan fuerte el hilado que cosen con ellos los sacos, todos costales, y cuanto se les ofrece, y nunca les faltan sus maniobras para la costura. Regularmente andan con sólo el chamal, y lo demás del cuerpo en cueros, o cuando más con el poncho rebosado, pues sólo para montar a caballo se calan el poncho.

Son afectísimos a la chupa y al sombrero galoneado; éste se lo ponen sobre el trarilonco, y aquella a raíz del cuerpo, con el pecho y vientre desnudo. El que tiene esta gala es tenido por rico.

Son afectísimos al caballo, como que todo su ejercicio es en ellos; se sientan airoosamente en la silla, y son diestrísimos y muy sueltos para correr, revolver y hacer otras funciones. Los frenos y avíos son iguales a los nuestros, sólo los distinguen en sudaderos, tejidos de labores preciosas que ponen debajo de la silla, que cubre el caballo desde la cruz y espaldilla hasta los cuadriles ijares. En Chile todos los campañistas o guazos, que así los llamamos, gastan estribos de madera en figura de un triángulo, con un hueco en que entra la punta del pie, pero estos indios todos traen estriberas, o de alquimia, o de fierro, o de

un palo elástico que llaman pisco, del que forman un aro para cumplir. Raro es el Peguénche que no tiene cabezadas aferradas en plata, y espuelas de lo mismo; hay muchos que tienen de estas alhajas tres, cuatro y cinco pares, granjeadas o por la permutación de ponchos, mulas o vacas, o por los casamientos de sus hijas o parientas, o por despojo de los malones.

Todas las Peguénchas son también aficionadas al caballo y muy jinetas, como que son las campañistas, y que ellas salen a las permutaciones con las cargas, y a las guerras a despojar, como diré con más explicación a su tiempo.

Estas indias se visten también con dos mantas o turquíes, o siempre rojas. Son éstas más angostas a proporción de la estatura que tienen; la una de ellas que llaman quedeto se la envuelven al cuerpo, dejando la cruzadura para adelante, la prenden por sobre ambos hombros con unos alfileres y les queda todo el cuerpo cubierto hasta los talones, y los brazos desnudos; a la cintura se atan un cinto, de un palmo más o menos de ancho, que llaman quepigüe, cuyo cinto tiene su hebilla para apretar, y lo forman de anchiquiras falsas celestes, que nombran conos. Estas piezas es uno de los adornos en que ellas ponen más cuidado para su lucimiento, porque lo suelen matizar de varios colores de chaquiras. Teniendo el cuerpo ya adornado así, se ponen la otra manta sobre los hombros a manera de capa, que llaman iquilla, y éstas las prenden sobre el pecho con un agujón, cuya cabeza es un círculo de plata estirada que llaman tupo. A la garganta usan unas sargas de estos conos, envueltas en dos o tres ocasiones, a manera de rosario, hasta más de veinte sargas de llancatus de todos colores o chaquiras. En las muñecas de las manos pulseras, y en las piernas otras iguales de las mismas cuentas, que llaman quichiques. Para la cabeza trabajan un entrenzado de las mismas cuentas falsas o chaquiras que el cinto, manillas y carcaranales. Este enrejado tiene la forma de una concha de galápago o tortuga; lo nombran todo entero tapagüé, pero para explicarlo lo dividen en tres partes, a saber, delantera, casco y trasera; a la delantera titulan tol, al casco tapagüé, y a la trasera guillatol. Las tres partes tienen distintos enrejados; la delantera está hecha muy tupida, el centro más claro y en cuadros, la trasera a manera de chirimoya o concha, y mucho más claro, así para que quede más suelto, como para que quede en cada extremo de la concha que hace la labor, que por una campanillita o un cascabel que haga al andar sonido. Del uno y otro costado del centro o tapagüé pende todo sargas de hilo a las mismas chaquiras, que son para afianzar a la cabeza, y sobre el tejido de la delantera de chaquiras de otro color bordan una cruz, figura que les parece la más armoniosa, de esta alhaja o joya, que ellos aprecian en sumo grado; es consiguiente una caterva de varas de hilo a las mismas cuentas para envolverse al pelo, que lo practican en esta forma; y advierto que sus peines es un manojo de boquis o raicercillas delgadas de que nosotros usamos para barrer las casas. Con él se escarmanan bien todo el pelo, por medio de los dedos lo dividen en dos partes, y en este estado se calan el tapagüé, quedando las dos sargas que dije, sobre las ataduras. Afianzan entonces aquellas sargas al atracado o ligadura del pelo, y con la otra multitud de varas de chaquiras ensartadas se lo van envolviendo hasta formar una cabal coleta, que regularmente les llega hasta una cuarta más abajo de la cintura. Para que estas coletas no tengan movimiento para adelante y les estorben al agacharse, les corren por la espalda otro hilo de chaquiras mezclado con cascabeles, con el que las usan. Cualquiera movimiento que hagan es una sonaja, y como la tienen por belleza, se mueven mucho

más de lo preciso. Las coletas enchaquiradas llaman quitroque. Algunas que no tienen chaquiras para envolverse el pelo, lo hacen de quinchas tejidas de hilado, con labores a manera de cintas, en las orejas traen unos grandes zarcillos grandes de plata cuadrados, o unos aros, y en los dedos de las manos muchas sortijas. Todos los ensartes que hacen y tejidos de estas chaquiras son en los hilos de nervio, que son perpetuos, porque el hilo de lana sólo lo emplean en sus mantas y ponchos.

La nación peguencha se reduce a tres tolderías, o más bien vive en tres partes separadas, que se contienen en los grados 34 y 37 minutos de latitud sur. Los de más al norte, están al oriente de Maule, que son los Malalquinos; éstos tratan con los españoles de Chile y los de Mendoza. Los de medio día están al oriente de Chillán; éstos salen a Vilquico, Chillán y Tucapel. Y los más al sur son los que están al oriente del partido Guilquilemu y de los Ángeles, que los divide el río de la Laja, y éstos son los de Antuco, por donde he venido. Todas estas reducciones visan del mismo traje.

Desde estos Peguenches de Antuco hasta el Estrecho Magallánico restan tres parcialidades de indios, que todas las llaman Guilliches. La primera más inmediata a los Peguenches son los de Guerahueque, que es el General; los otros que se les siguen, los de Canigcolo, y los otros los Patagónicos.

El traje de los Guilliches de Guerahueque es el mismo que el de los Peguenches, y el de los Canigcolos, unos al modo de los Patagónicos, y otros al de los Guerahueque, según la nación con que más se versan.

El vestuario de los Patagónicos se reduce a un braguero de piel de venado, o de otro animal de aquellas selvas, y una manta para arrebosarse, compuesta de muchas pieles que llaman lloyca. El de las indias, o un delantal que le cubre hasta las rodillas, que lo meten entre las piernas al sentarse, y a otras lloyca, igual a la de los indios, que se la prenden al pecho y luego a la cintura, y entre una y otra prendedura sacan los brazos para su ejercicio.

Los Guilliches de Canigcolo, con los Magallánicos, son amigos, y un mismo cuerpo para defenderse, y maloquean, como ya tengo referido en las noticias que doy en el diario; pero vuelvo a los Peguenches de mi tránsito.

Sus habitaciones son de pieles de caballo, cosidas unas con otras por medio de las cuerdas que de los nervios de los caballos sacan. Son en dos paños, y cada uno se compone de seis u ocho. Para armarlos ponen las indias unos horconcillos, clavados a sus fuerzas de menor a mayor; para que tengan descenso las aguas sobre la horqueta de los horcones, algunas varillas o cañas de coliu atravesadas; y sobre este armamento tienden por una y otra parte el paño de pieles, que forman una carpa, pero con la distinción que éstos quedan abiertos en la cumbre para que salga el humo, por cuyo abertor, que es de una cuarta de ancho, entra el hielo y la agua. La vista que presentan estas habitaciones es feísima, y su interior incómodo, puerco y desordenado. Según las mujeres que hay adentro son las divisiones, pero son deslindadas con sólo la piel de un caballo, o por medio de una varilla puesta sobre dos horquillas. Sus colchones son dos o tres pieles de

ganado lanar, sus cubiertas lloycas de guanaco, chinkes, zorros, marros, vizcachas, etc., y cada cosa de éstas brota grasa de caballo por todas partes y una fetidez insufrible. El fuego lo mantienen de continuo adentro; la carne tirada sobre los pellejos o pieles que usan para sentarse, o para su cama, o para el caballo; y, en fin, aquello todo es una mugre y un desaseo. Las indias barren el toldo y el patio, ¿pero de qué sirve que no haya basura, si todo está fétido y pasado de grasa? ¿Así también de qué sirve que ellos y ellas se bañen de madrugada todos los días, si sus cuerpos, sus pies, sus manos, brazos y cabezas están con unas costras de grasa que no saldrían sino con jabón y agua caliente?

Estas habitaciones o toldos están juntos tres, seis u ocho; por lo común el del cacique con sus mocetones sus establecimientos son en las orillas de los ríos o esteros, y cerca de ellos mantienen sus haciendas, que las ven todos los días. Desde que ya están talados los campos se mudan a otro sitio, cuya mutación llaman quinantu; esta costumbre hace que el que más hacienda tiene, menos dure en un lugar.

De la constitución política y leyes de los Peguenches

Esta nación, que se contempla independiente de las demás, no tiene con ninguna alianza estrecha, ni guarda subordinación a sus propios jefes, sino por un efecto de tolerancia, que a cada nada la atropellan.

Los más antiguos ancianos, o los más ricos, son los que se titulan Caciques, o Guilmenes. Este título, que se granjean por sus hechos, si los de sus antepasados fueron también recomendables, brilla más en el sujeto. Por este orden, el hijo de un cacique que no es valeroso, que no se hace rico, que no ha hecho hazañas meritorias, nada es, y se mira como un mocetón despreciable; y entonces el título de cacique lo hereda el indio de la reducción más guapo, de mejores discursos y comodidades.

Los caciques no tienen jurisdicción alguna para castigar ni premiar a nadie. Cada uno es allí juez de su causa, y por consiguiente a nadie se tiene respeto. Así, si un Guilmen quiere atropellar a un mocetón y éste se siente de mayores bríos, carga con su jefe, lo acuchilla y hace en él cuanto puede, y lejos de merecer castigo se hace recomendable, porque, habiendo rendido a un Guilmen, que es decir a un hombre fuerte, ha dado pruebas de mayor ferocidad; resta que si el cacique tiene más parientes que el mocetón, se dan todos por agraviados, y asaltan al mocetón para que les pague, y de no, hacer lo mismo con él. Esta resulta es el único freno que tienen; pero, de cualquier modo, el mérito de haber estropeado al cacique no lo pierde, aunque pierda sus bienes.

Los delitos que se contemplan mayores y dignos de castigo son el homicidio, el adulterio, el robo y la hechicería. El que mata debe ser muerto por los parientes del difunto, o debe con pagas compensar la injuria a los mismos parientes. La adúltera paga con la vida, pero ha de ser con la licencia y consentimiento de sus parientes, porque de lo contrario perece en manos de ellos el marido que la mató. El ladrón ha de pagar lo que roba, y, cuando no

tenga cómo satisfacerlo al damnificado, se hace pago con la hacienda del pariente más inmediato del delincuente.

El abad Molina dice que los padres de familia no están sujetos a ninguna pena cuando matan a sus hijos o mujeres; pero esto debe ser entre los Araucanos, porque entre éstos no son dueños naturales de estas vidas, sino, por el contrario, el padre que mata a un hijo, los parientes de la madre lo asesinan a él.

Los hechiceros o hechiceras mueren quemados por los parientes del delincuente, y éstas son justicias que frecuentan mucho, pues todo el que muere, muere de daño.

Hechos los funerales, consultan el adivino o adivina. Ésta, mediante una caterva de pagas que le han de dar, declara la bruja que hizo la muerte, y sin más autos todos los parientes del difunto le caen de madrugada a la hechicera, la traen a una hoguera de fuego violento que encienden en el campo, la toman unos de los pies y otros de las manos, y sobrevestida la tienden sobre el fuego, reconviniéndole confiese las demás brujas que le ayudaron a hacer la muerte. La infeliz culpa a quien se le antoja, y, diciendo que ya no tiene más a quien delatar, la consumen en el fuego hasta reducirla a cenizas; y en los días siguientes a las demás que culpó, si no tienen estas inocentes alguna porción de bienes con que saciar su codicia.

Poco tiempo antes de introducirme yo por Antuco, se hizo una célebre justicia de éstas entre mis recién amigos Peguenches. Fue causada por la muerte de un indio viejísimo, llamado Topa Languen, padre de mi amigo Treca. Es de advertir que en el día no tienen los Peguenches adivina, y así, con la muerte de este anciano se veían confusos sin hallar a quién culparla; se juntaron todos los parientes y, según unánimes acordaron, resolvieron mandar a los llanos a un emisario que consultase sobre la materia con una adivina. Fue el mensaje con las dádivas correspondientes, y hablando con ella, ésta le dijo que la mujer del gobernador Manquel, llamada Petuy, y un mocetón sobrino suyo, nombrado Gueyquin, habían sido los que hicieron el daño. Volvió el emisario y se juntaron para oírlo, y así que dio su razón se desprendió Treca de la junta con otros parientes, fueron a la casa de Manquel, y allí mismo mataron a los delincuentes. La pobre mujer de Manquel, con los dolores del agravio que le causaba Treca, gritó que la suegra de éste era la bruja, y así que Manquel lo supo, lo que llegó a su toldo, fue también con los suyos y mató a la suegra de Treca. En esta ocasión no usaron del fuego, porque temieron a la crecida parentela de Manquel.

Este sistema de proceder es allí un manantial de crecidos desórdenes, opuesto al aumento y conservación de su nación y a la pública y privada seguridad; y cuando por el capricho de las fingidas adivinas se culpa la muerte a alguna persona de otra tribu, entonces son los fuertes malones, saqueos y guerras hasta poder merecer a la hechicera.

Del gobierno militar, armas y modo de hacer la guerra

El gobierno militar es más razonable que el civil. Algún agravio u ofensa es el que hace siempre tomar las armas, y para ello le tratan y consultan de esta manera. El agraviado visita a todos los caciques, hace presente a ellos sus quejas y, luego que ya están todos enterados, se convocan para un juego de chueca, o una bebida. Entre los placeres de la diversión, o de la boda, el más viejo de los Ulmenes o Guilmenes hace relación puntual de la ofensa que se le irrogó a uno de su nación, acrimina el agravio con las más vivas expresiones, hace ver la satisfacción con que podría compensarse, y concluye exhortando a todos sus compatriotas a tomar las armas para vengarse, como lo hicieron sus autores. Después de esto todos hablan libremente, y si el partido mayor es de que se tomen las armas, se divide a favor de éstos; se emplaza allí el día siguiente en que deben juntarse de nuevo, ya dispuestos para la guerra, y, siendo a cada uno de obligación llevar a su costa víveres, caballos y armas, concurren a la citación sin la menor falta. En este caso el que hace de general, para dar el avance, es el agraviado; y en estando en positura de combatir, o cerca de los enemigos, hacen todos el juramento en honra de su nación de morir o vencer. La hora en que avanzan es al venir el día, como más acertada para encontrar al enemigo desprevenido; anteponen vigías para indagar si duermen o no, y, si están en sosiego, con profundo silencio se acercan a los toldos, de allí comisionan a los más liberales para que se apoderen de las lanzas, que comúnmente las mantienen clavadas en el patio, y luego que regulan que van llegando a ellas, de montón se dejan ir sobre la toldería, matando al que se les presenta, haciendo lo mismo con el que huye y cautivando a las mujeres y chicos y robando cuanto encuentran.

Si recelan que alguno pudiera haber huido, y que pueda comunicar a otro de los suyos el malón, salen unos con la presa hecha, y otros se desparraman a buscar las haciendas de campo, que siempre las hallan, pues hacen a los prisioneros confesar su paradero. También arrean todas las demás que encuentran, y caminan seguidamente hasta juzgarse libres.

Cuando el agravio es en común a toda la nación, hace de general el cacique más valeroso, y en este caso deben concurrir al ejército todos los de la tribu. Hubieron tiempos en que los Guilliches de Guerahueque estuvieron en guerra con estos Peguenches, y así todo el año estaban con las armas en la mano, y tenían unidas sus tolderías; entonces suele llegar el caso de que se encuentren los campos. Me ha contado el dragón Pedro Baeza, que ha hecho 19 campañas en auxilio de estos Peguenches, que en una ocasión iba con otros seis españoles y toda la peguenchada, bajo el mando de Rayquan, en busca de los Guilliches, que recibió una carta del comandante del cuerpo de dragones y de la plaza de los Ángeles, don Pedro Nolasco del Río, en que le decía que tenía noticias, por medio de los capitanes de amigos de los llanos, que los Guilliches, para maloquear a los Peguenches, habían formado un cuerpo de mil ochocientos indios, los que ya habían salido de sus terrenos; y así, que se sujetasen y acampasen en algún malal o castillo de los que hay en los Andes por naturaleza, y ocultasen los indios sus haciendas, porque de otro modo no escaparían. Que, así como llegó la carta al dragón, se juntaron a indagar su contenido y, enterados de él, le preguntó Raycan a Baeza ¿qué disponía? Que él le contestó que ya estaban en el campo y no sabía tener miedo a mil ochocientos indios, como ellos se sujetasen a sus órdenes. Raycan prometió que se contendrían, y dispuso se adelantasen batidores por razón de la seguridad de los campos. Salieron doce exploradores,

nombrados por Raycan, escogidos de ciento cuarenta Peguenches, que eran los que iban. Al poco rato regresaron cuatro de las espías con noticia de que se columbraba por el camino que llevaban una grande polvareda. Poco después vinieron otros confirmando la noticia, y al oscurecerse los demás añadiendo que venía un grueso ejército de Guilliches, que se habían encontrado con sus batidores, que se habían hablado, y preguntado de una y otra parte ¿en qué andaban? Ellos contestaron que en malón, y los Guilliches también confesaron que venían a lo mismo, más que el ejército que traían venía en cinco divisiones, que mandaban Cohiquimilla y su hijo Pichí Coiquimill, ambos deseosos de hacer conuco a Baeza, Neupaya, Guerahueque y Nayquepaña; que habían de vencer o morir, y que al siguiente día se verían las caras. Con este recado se acobardaron los Peguenches, y quisieron huir; aquella noche trató Raycan con Baeza, quien le dijo que huir por ningún pienso, y, viéndolos con este valor, exhortó a los suyos a que se adelantasen, que no debían huir, porque los perseguiría el enemigo hasta acabarlos; que imitasen a los españoles, y que él sería el primero que acometiese. Así los alentó, y bien temprano estuvo la gente a caballo. Montó Raycan y, habiendo sólo por medio del enemigo una loma, subió con doce mocetones a la cumbre y, empezando a escaramuzas y a gritar, hizo señas a su campo le siguiesen. Así lo verificó, y en el bajo, que era bastante dilatado, vieron formados a los Guilliches en ala, cuya fila ocupaba toda la extensión de la vega. En el centro del ala estaba Coiquimill y su hijo, y, poniéndose los Peguenches en la misma formación, a distancia de dos cuadras, mandó preguntar el general Guilliche que si ¿no venían más gentes, que cuántos españoles les acompañaban y qué armas traían? Le contestó Raycan que sólo traía ciento cuarenta hombres con lanzas y seis españoles con fusiles; que no traía más indios, por ser éstos suficientes para acabar con ellos, y que ya podían acometer, porque el día era corto. Con la contestación quedaron suspensos por más de media hora, Baeza se acercó a Coiquimill y le dijo que ¿por qué no se movían? ¿Que si no venían a maloquearlos, que si tenían miedo a los ciento cuarenta hombres, o a los seis españoles? Pero Payguan lo hizo llamar a que tomase su lugar en el centro; que apenas lo tomó, cuando, en la misma formación que estaban, envistieron los Guilliches, y al estar a tiro logró el suyo Baeza, matándole el caballo a Coiquimill; murió de otro tiro de fusil su hijo. Los Peguenches en el momento se dividieron en trozos para cargar por todas partes; mataron de una lanzada a Coiquimill, que andaba a pie; se cerraron a cuchilladas, quebraron las lanzas para poderlas usar como chuzas; y, en fin, muy poco tiempo tardaron los Guilliches en huir, pues notaron la muerte de su general. Y fue tan impetuosa la fuga, que muchos de ellos se precipitaron de un risco, en el que perecieron; y los demás, por entretener al enemigo que los perseguía, tiraron para otro plan en el que tenían cerca de tres mil caballos que de diestro habían traído, cuya idea fue acertada, porque allí los Peguenches se embelesaron en posesionarse de la caballada; hecha esta presa, se volvieron victoriosos. Reconocieron el campo, y sólo hallaron ochenta y tantos Guilliches muertos, que ya los tenían desnudos las indias de los Peguenches, que venían con ellos, sin recibir otra pérdida nuestros amigos que tres muertos y unos pocos heridos.

No encuentra Baeza de otra batalla o encuentro que los indios hayan tenido en los diez y nueve años que los acompaña de auxilio, pues sus guerras son a traición; y una de las más memorables malocas que han dado los Peguenches, fue la que dieron al famoso Llanquitor, Guilliche que asolaba los campos de Buenos Aires, robaba las caravanas que

viajaban para Chile y cautivaba muchos españoles, entre los que fue uno el canónigo Cañas. Cuando la pérdida de este eclesiástico, hizo nuestro jefe el señor don Ambrosio O'higgins exquisitas indagaciones por saber de su paradero, sin embargo que de las fronteras de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza se aseguraba que lo habían muerto los indios. Mandó muchos capitanes de amigos a sus tierras, con el destino de que tomasen noticia de su existencia. Entre ellos a un Xavier Poblete, que por varios servicios útiles que entre los indios había hecho gozaba de sueldo doble. Éste se internó por Antuco y, cumpliendo con la orden del Gobierno, poco tardó en que supiese que dicho canónigo estaba vivo en la toltería de Llanquítur, que hasta entonces se vestía de negro con calzones y capote, y aun rezaba todos los días en un libro mediano; que su oficio era de ovejero, y, en fin, se le hizo una pintura tan cabal de su cuerpo y facciones, que no desmentía de la filiación que llevaba. Toda esta noticia se la dio un indio llamado Colimilla. Contento con el hallazgo, descubrió que su entrada sólo había sido por adquirir noticias de este sujeto, que quería rescatarlo el señor don Ambrosio. Éste, que conocía el carácter de los indios, a todos los que mandó les previno que no dijese a lo que iban, pues se aventuraba la diligencia. Salió Poblete, comunicó el hallazgo, pero poco tardó en saberse también que Llanquítur, así como supo que Poblete había andado adquiriendo noticias del canónigo, lo había hecho degollar. Irritado don Ambrosio contra Poblete porque se había descubierto, le privó del sueldo y de que tuviese el menor trato con los indios. Este hecho de Llanquítur, y las antecedentes iniquidades que había obrado, fueron causa de que auxiliase a los Peguenches para que lo maloqueasen. Les dieron veinte y seis dragones y franqueza a todos los españoles que quisiesen entrar con esta tropa. Se juntaron más de cien, los mismos que se internaron por Antuco, con siete Peguenches que los fueron a recibir. La primer jornada que hicieron fue a la Cueva, en donde se entregaron confiadamente al sueño; pero, como Llanquítur ya tuviese noticia de que entraban españoles, y los estuviese vigiando aquella noche, de madrugada se les echó encima, y, aunque pudieron ganarse a los montes, les tomó los avíos, municiones, víveres y caballada, matando a tres que cuidaban del potrillo. No contento con esto, pasó a derrotar los indios que vivían en Coyaque, y les robó sus caballadas, robándose también a las mujeres y chicos que pudo apresar.

Enterado don Ambrosio del lance por los mismos españoles que a pie volvieron a Antuco, mandó a Baeza con 25 dragones y otros tantos milicianos voluntarios. Llegaron a Coyaque, donde se hallaba el cacique Peguenche Quintrequi con un campo de trescientos veinticinco indios de lanza, y más de cien sin ella. Allí se incorporaron, pasaron a Pichachén y, siguiendo su derrota para Cuyencó, en donde suponían a Llanquítur, haciendo las exploraciones convenientes, divisaron una toltería que la juzgaron de él. De madrugada la avanzaron, huyeron los habitantes de ella, a excepción de tres que alcanzaron y mataron; robaron cuanto hallaron en las poblaciones, cautivaron porción de mujeres y muchachos, y por último de aquellos campos se trajeron siete mil y más animales, entre caballunos y vacunos.

Viniendo de regreso con el despacio que requerían estas haciendas, a los tres días les alcanzaron los Guilliches, pero volvieron a ser derrotados, perdiendo de nuevo la caballada que traían de remuda y mucha parte de la que montaban, porque muchos de ellos salvaron sus vidas a pie en los montes. Entre estos Guilliches venía mi compañero

Puelmanc, que asegura Baeza era el más guapo, alentado e intrépido, y un Quilar, compañeros que eran de Llanquítur y de Carripilun, que hoy vive en Mamilmapu, y he de pasar a ver. En fin, sin otra guerrilla llegaron los Peguenches victoriosos y llenos de haciendas a sus terrenos, sin más pérdida que de seis indios y dos españoles que murieron en el segundo avance. No cito el tiempo de estos acontecimientos, porque ni el dragón ni los indios se acuerdan de él.

Desde entonces no pararon para invadir a Llanquítur, y a fin de engrosar más su ejército convocaron a los Peguenches de Malalque. De éstos vinieron treinta, y, pasados dos meses de esta expedición que he referido, emprendieron otra, dirigiéndose al lugar de los Andes nombrado Carrera Malal, por cuyas inmediaciones tenían sabido paraba Llanquítur. Ya que estaban a distancia de un día de camino de este lugar, dispusieron para avanzarlos el mayor descuido. A la media noche toparon una caballada que la cuidaban dos indios, a los que apresaron, y preguntándoles por Llanquítur, y de quiénes eran aquellos caballos, confesaron que Llanquítur estaba alojado en una piedra, a distancia de media legua, y más hacia ellos un campo de Llanistas, de quienes eran aquellos caballos que cuidaban. Que Llanquítur estaba allí acopiando gente, que esperaba quinientos indios para el otro día, y otros quinientos para el otro, y en teniendo estos mil quinientos juntos hacía venir a aquel sitio su ejército, para con toda aquella indiada pasar a acabar con los Peguenches. En el momento mataron al uno de estos indios, y al otro lo tomaron de práctico, hasta que los puso cerca del campo de los Llanistas, que eran quinientos. Allí también le quitaron la vida, y, haciendo suspensión, resolvieron dividir su gente. La una parte para que asaltase a estos Llanistas, y la otra que fuese en busca de Llanquítur, que distaba poco. No tardaron mucho en echarse sobre el campo, que descansaba en el sosiego del sueño; lo desalojaron escapando pocos, que pudieron refugiarse en los bosques de la ribera de un arroyo que allí cerca corría. Llanquítur sintió al enemigo, pero al tiempo que ya estaba sobre él; pudo montar a caballo e incorporarse entre los mismos que lo buscaban. Así vivió algunos minutos más, mientras fue desconocido, y averiguado que él era lo degollaron cuando la aurora se asomaba. La misma suerte tuvieron diez o doce que con él estaban; la empresa les dio a los Peguenches muchísimos despojos. De dos mil animales caballar pasaban los que tomaron, porción de vacas, muchas indias cautivas, y entre ellas cinco españolas que traía consigo Llanquítur, de las que era una la Petronila Pérez, que encontramos en Puelce, que ésta hizo fuga del campo de los Peguenches y se volvió a los Guilliches.

Estos dos felices malones que lograron los Peguenches, los ensoberbecieron de tal modo que pensaron volver tercera vez, pues les incomodaba la vida de Carripilun, capitanejo de Llanquítur, la de Puelmanc, la de Quilar y otros indios sediciosos. Hicieron su junta y resolvieron que pasados otros dos meses lo harían, y por entonces mandarían al señor don Ambrosio la cabeza de Llanquítur, dándole cuenta del buen éxito de sus expediciones y de lo que tenían determinado para volver tercera vez. Este caballero, a quien no puedo menos de hacer justicia, aun en sus cenizas, que tuvo el feliz acierto en el trato de indios, que los contuvo e hizo de ellos lo que quiso, tratándolos bien cuando lo merecían, los animó al tercero avance que le dieron en el tiempo prefijado, y con la mayor felicidad, pues trajeron trece mil animales, mucho número de indias y de indios cautivos, y entre

éstas una hija de Carripilun, que los demás de su familia con él y sus parciales caciques escaparon.

Ya los Peguenches, saciados sus deseos de haciendas, pensaron en descansar, y determinaron que los españoles regresasen a la frontera. Carripilun, que supo se hallaban sus enemigos sin el auxilio de los soldados, se previno de un numeroso ejército compuesto de Guilliches y Llanistas, con ánimo de acabar con los Peguenches, a quienes suponían descuidados y sin fuerza. Poco tardaron también los Peguenches en saber esta determinación, y para asegurarse ocultaron en potreros distantes sus haciendas, y ellos con sus familias se ganaron al malal de Calbuyan, que es una especie de fuerte en el cerro de Caycadén. Hasta este sitio vino Carripilun y, viéndolos en puesto tan mejorado, se acercó solo al malal y les pidió que le entregasen a su hija que le tenían cautiva, y se retiraría con sus tropas sin hacerles daño. Que les prometía también que él y toda su familia abandonarían aquellos montes, y buscaría otra parte más distante en que vivir con alguna tranquilidad. El peguenche Calbuquen le contestó que él y sus parciales eran la causa de las guerras que se habían dado, pues desde el año de 70 que se unieron a los Guilliches y Llanistas para sublevarse en contra de los españoles, les empezaron a repetir malocas a ellos, que les consumieron y acabaron no sólo sus haciendas, sino sus familias enteras. Que por todas partes se veían sus campos despoblados, pero que supuesto prometía retirarse con su gente, y vivir lejos de ellos, le entregaría su hija, con la que se retirase en buena hora. Que esta acción no era procedente de miedo, sino de cierto amor que le conservaba, como que había sido, unos de sus hermanos, uno de los suyos, pues no podía negar era peguenche ranquilino, así como lo era también Puelmanc y Quilan, con quienes podría acompañarse en su retirada. Luego le sacaron y entregaron a su hija, se retiró con su campo, como lo prometió, y no tardó mucho tiempo en trasladarse con los Ranquilinos que vivían a Mamilmapu, que es donde vive ahora, como he dicho.

De las antecedentes guerrillas debe inferirse que ni los indios son tan valientes como lo suponen, ni tan fieles y constantes para sus empresas como los tienen, porque siempre se venden de una u otra parte.

Los Peguenches fueron consumidos, hasta que tuvieron nuestro auxilio, y sin embargo de ser tan corto como ha sido siempre, triunfaron desde entonces. Carripilun no se hubiera contentado con su hija si no hubiera temido su destrucción después por los españoles, pues tenía bastantes pruebas dadas que nada deseaba más que la aniquilación de los Peguenches. Nada puede ofrecérseles más doloroso a los indios que abandonar sus tierras, y así pudo el temor impeler a Carripilun a que se mudase a Mamilmapu. Volvamos, pues, al sistema militar.

Cuando la sublevación se intenta, sea general contra nación extranjera, se corre entre ellos la flecha, conforme el abad Molina lo describe en su compendio de historia civil, al folio 69; pero nunca deja de saberse entre nosotros, como se supo la del año de 68 hasta 70 por varias partes, y en especial entonces por el cacique Manquel, tío del actual, que la comunicó, según asegura repetidas veces.

El caso es, y nuestra infelicidad, que, despreciándose las noticias de riesgos que debían examinarse por nuestros jefes, nos hallamos en ellos sin precauciones ni arbitrios tomados para superarlos. De aquí se originan las perdidas y atrasos que son consiguientes a un movimiento repentino, y lo peor no poder hacer escarmiento al enemigo. Si entonces los Llanistas y Guilliches, que se sublevaron para robarnos como lo hicieron, hubieran sido derrotados en nuestras propias tierras, a las que se introducían, no hubieran robado al Santo Obispo Maran, en su expedición a la visita que iba a practicar a Valdivia; y si entonces no se les hubiera tolerado esta criminosa acción, no hubieran ahora impedido el que la tropa que debía ir a Valdivia no transitase por el camino franco que se trafica de Concepción a aquella plaza.

En el día, todas las tropas de indios son de caballería, y no se cuenta de otra que traiga infantería que la de Canigcolo, cuando viene a sus malones auxiliado de los Patagónicos o Magallánicos, que éstos carecen de caballo.

Las armas que tienen los Peguenches son lanzas, laques y un machetón, o catana, que así llaman; pero de ningún modo espadas ni sables, que no las apetecen ni saben usar. También gastan honda, y quinchunlaque, que es una piedra sola aforrada en piel y pendiente de una cuerda, a distinción de los laques, que son tres piedras o dos unidas. Las masas de fierro, que suponen entre ellos, son las mismas lanzas, que quiebran para poderlas usar en atropellando o estrechándose al enemigo. Todas estas armas son sumamente incómodas para la guerra, y en errando el primer tiro ya les es difícil acertar ni poderse servir de ellas, si no es el machete. Para salir a la guerra tienen unos sombreros de cuero de vaca duro, con las costuras tapadas con hojas de lata, colete del mismo cuero, que es una casaca a manera de aquellas antiguas, que les tapa hasta las rodillas, y un cuello que les cubre el pescuezo. Yo no sé cómo puedan moverse, ni qué uso puedan hacer de sus manos. A varios hice vestir de estos aperos, pero estaban punto menos que un tronco. El morrión o colete lo mantienen pintado con varias rayas o figuras horribles para atemorizar al enemigo. A esto es a lo que se dirigen todos los indios, y si no lo consiguen son como la veleta. Para la guerra sacan el mejor caballo, el mejor herraje, la mejor espuela, el mejor avío, etc., movidos de la idea que allí llevan aquellas prendas para que no les falte en la otra vida.

La nación más belicosa y brava entre los indios de todo el continente es la de estos Peguenches, según todos confiesan, y es de inferir sólo del antecedente de la separación que tienen de todas las demás, sin embargo de ser la menor en número y de que todos la temen. Mi trato con ellos ha sido el más especulativo que pueda darse; estuve porción de días viviendo con ellos; puedo decir, no hacían acción que no la mirase y me enterase de ella. Vengo en el mismo ejercicio con los que me acompañan, pero no pensé que hubiesen racionales tan flojos, ni tan entregados al abandono del sueño como ellos.

Son ágiles en el caballo, pero para subir a él han de estar sin frío, o a lo menos que sea ya tarde, han de estar sin hambre y sin sueño. Ellos, es cierto, velan por sus malones, pero esta vigilia la pagarían muy pronto si toparan con otra nación que fuera más vigilante, porque a la segunda o tercera noche ya se entregan enteramente a dormir sin cuidado, ni de su vida ni de sus intereses. Las noticias que se dan de los indios son por aquellos

sujetos que con ellos tratan, pero, como éstos duermen como ellos, ¿qué dirán con fundamento?

Los despojos de la guerra entre los Peguenches son del que los toma, y de ningún modo repartibles; y así, por no perder lo que se les representa a la vista, suelen muchas veces exponer sus vidas y aun perecer. Llevan a la guerra para despojar a los muertos a sus mujeres, hijos y parientes chicos, o que no tienen armas, que de éstos hay muchos; y así, mientras los unos matan, las familias están tendiendo la vista por dónde pueden agarrar más, y levantándose a los cerros para observar por dónde se hallan las haciendas; y son tan desunidos en esta parte que, si no se logra otra presa que una tropa de caballos, y ésta la halló uno, éste se la lleva, sin que tenga acción a ella ningún otro.

El mejor despojo y más apreciable es el de las mujeres e indiecillos; la causa es ésta: si la mujer le agrada al que la cautiva, se casa con ella sin tener que pagar, y si no le acomoda, y la quiere otro, le paga cuanto quiere el dueño, y a sus demás parientes de éste, lo mismo que si fuera su hija. También puede venderla a cualquiera otra nación, también canjear con ella otro pariente, y entretanto sirve de esclava, pero siempre dándole buen trato, porque son muy humanos y caritativos. Los chicos y chicas se aprecian para servirse de ellos, y también para venderlos a los españoles comerciantes. Su precio es de treinta a cuarenta pesos.

De su religión y funerales

Todos ellos creen en un Dios, que crió todas las cosas y que las gobierna. A él piden cuanto desean, que los proteja y favorezca, y, cuando les sucede mal, se juzgan abandonados de él. Culpan de autor de las desgracias al Gueculbu, que es otro ente maligno que causa todos los males. A las hechiceras tienen por secuaces de este ente; la yerba venenosa es su efecto, y así todas las desgracias dependen de él. No usan de manera alguna de sacrificios, ni dan el menor culto exterior. Creen que Dios debe favorecerlos por precisión, que no deben rogarle porque les socorra, pues como padre debe atenderlos en sus necesidades. Que las acciones del hombre son libres, y por malas que sean Dios no se ofende de ellas.

Son agoreros, creen en los sueños, en el llanto de un perro, en el presentárseles una zorra, y, en fin, en tantas ridiculeces, porque las creyeron sus padres, que ni con razones ni con la experiencia salen de su error.

Convienen en que son formados de cuerpo y alma, que el cuerpo se corrompe, y el alma va a cimentarse a la otra parte del mar, en donde debe gozar de una vida eterna, y de todos los animales y frutos que allí hay, que son comunes. Sólo dicen que hay en ese lugar mucho frío, y, para que su espíritu no lo padezca, se queman con un tizón los brazos, las piernas y por todo el cuerpo, diciendo que es guardar fuego para que Dios no le de allí frío.

Cuando alguno muere se juntan a llorar los amigos y parientes; se sientan en pelotones y lloran por largos ratos. Al cadáver lo exponen vestido con su mejor ropa, tendiéndolo de costado en su cama. Hacen todos en el duelo memorias de sus hazañas y beneficios que hizo, representan la falta que hará a la nación y a su familia, y, concluido el llanto, cena el concurso y velan todo el resto de la noche.

Al siguiente día, con gran acompañamiento, sacan al cuerpo del toldo, teniendo ya ensillado el mejor caballo del difunto y con el mejor avío; sobre éste le tumban atravesado, y por debajo de la barriga le atan los pies con la cabeza y manos, de modo que quede firme; así llevan tirando el caballo de la rienda hasta la sepultura de sus antepasados. En otro caballo cargan la cama y demás aperos con que lo han de enterrar, y en estando en el sitio abren el sepulcro, hacen a un lado los huesos que encuentran, le forman un encatrado de madera, que ponen en el plan, sobre que tienden la cama, lo acuestan y tapan hasta el pecho; desnudan su caballo, y cerca de las manos le ponen el freno, espuelas, laques, silla, su machete, etc., ollas con comida, cuchara de palo o de aspa, cántaros con agua y alguna chicha si encuentran o tienen. Forman otro encatrado, más arriba del cuerpo, para que no le aplaste la tierra, sobre él tienden alguna piel de caballo, y sobre esta tierra le cargan la tierra hasta topar el vacío. Los caballos en que los llevaron y cargaron la cama los ahorcan y dejan allí, cerca de la sepultura.

Pero, si el difunto fuere rico, se hace convite, que se llama voyquecaquin, que significa fiesta de canelo; y entonces, pasada la primera noche del velorio, sacan el cuerpo del toldo y lo depositan entre unas piedras o leños, por ahí cerca de la población; mientras se busca el vino, o fermenta la chicha. Estando uno u otro conseguido, vuelven todos los convidados y parientes a sacar el cadáver con toda solemnidad, le ponen espuelas, lo acomodan en su caballo como antes lo dije, y lo toma tirando el pariente de más respeto para llevarlo al cementerio. Sigue en un trozo toda la comitiva, tras él va una porción de viejas lloronas y mozas que las imitan, atrás las cargas de licores, y más a la retaguardia vacas, ovejas, caballos y yeguas, entre cuyos animales se incorpora el cargamento del equipaje. Llegan al lugar de la sepultura, tienden cerca de ella la cama del difunto, y lo exponen de costado; se forma un círculo de todo el acompañamiento puesto en pie, se previene el sepulcro del modo más cómodo, y lo mismo el catre, y a un lado de este círculo se hace una gran hoguera de fuego. Matan las reses que fueren suficientes para la boda, se hace la comida, y todo este tiempo el duelo está parado y llorando. Se avisa que ya está la comida y reprimen el llanto; se empieza a servir para los más respetados, y antes de comer cada uno de éstos dice al cadáver, yacapai, tirándole una presa, que quiere decir, eso te brindo; lo mismo sucede después con el licor; y de ese modo, en pie, acabándose ya el llanto, pasan el resto del día y noche siguiente comiendo, bebiendo y cantando. Al otro día echan el cadáver a la sepultura, le acompañan el fiambre, licores, ponchos, piezas de plata, todo el avío o armas y cuanta alhaja tenga. Lo tapan y se sigue dejar ahorcados sus mejores caballos, yeguas y demás animales. Concluida esta ceremonia, que finaliza con nuevo llanto, la carne que sobró de los animales muertos para el convite se reparte entre todos, y se la llevan desde allí para sus casas, que ya salen separados. Los sentimientos que hacen los parientes del muerto son tan grandes que duran mucho tiempo, y, si pasados un año o dos, llega alguno a lo de la viuda que no la

hubiese visto después de la muerte, hay nuevo llanto, con relación de cuanto pasó en la enfermedad y en el entierro.

Las mismas ceremonias gastan o acostumbran en los entierros de las mujeres, con sola la diferencia que a proporción del sexo es el equipaje que les acompaña.

Los casados creen encontrarse con sus mujeres en la región de los muertos, y aun continuar entonces el matrimonio; y diciéndoles yo que estaría aquel reino sumamente aumentado con las generaciones, contestaron que no, porque las almas no tienen allí cuerpo, que es preciso para la generación; y como, en replicándoles, se refieren a que así lo entendieron sus progenitores, de cuya razón no salen, nada se adelanta en quererlos sacar de sus errores.

Regularmente los sueños provienen de que los espíritus de sus parientes o amigos fueron los que, viniéndoles aconsejar, les dijeron lo que había de sucederles, y así lo creen como nosotros el Evangelio. Sólo, dicen, sueñan las almas grandes, esto es, los Ulmenes viejos y viejas, o aquellas personas valerosas dignas de creérseles y capaces de dar consejos.

Como en muchas partes de los montes se ven conchas y otros vestigios de la mar petrificados, les traté de diluvio. Me contestaron, así decían sus mayores, que el mar había crecido por todos los terrenos, pero también habían crecido sus cerros, y así escaparon sobre ellos sin que les alcanzase el agua, desde cuyo tiempo existen sus maguidas tan elevadas. De estos principios no pueden sacarse, porque deben sujetarse al dicho de sus antepasados, que no tuvieron interés en engañarlos.

De los tiempos y otras nociones

La común cuenta que hacen de los tiempos es por lunas, y así se entienden para cuanto determinan. El año dividiéndolo en doce cuyenes. La mitad de éstos los designan en el brote de una yerba, que llaman chilla, el que celebran con la voz adantripantui (se partió el año), cuyo brote es a fines de Julio. Los significados que dan a los cuyenes o meses son los siguientes:

Gualenquiyen	Enero, mes de calor.
Ynamquiyen	Febrero, tiempo 2.º de calor.
Atenquiyen	Marzo, tiempo de piñones.
Unemnimi	Abril, tiempo de la yerba perdiz.
Ynamquiyen	Mayo, tiempo en que sigue la yerba.
Ynee-curiguenu	Junio, tiempo 1.º del cielo negro.
Llaque-cuye	Julio, ídem 2.º del cielo negro.
Peuquen	Agosto, mal tiempo para las viejas.
Ynan-curiquenu	Setiembre, tiempo de brotes.
Guta-paguin	Octubre, el brote crecido.
Guequilqueyen	Noviembre, tiempo de desgancar.
Villa-quiyen	Diciembre, tiempo de necesidad.

A este mes llaman el de la necesidad, porque ya entonces se les han consumido los granos que traen de nuestras fronteras.

Las estaciones las computan en cuatro partes: la primavera, que llaman tripantú; el estío, gualentripantú; el otoño, deumatranquem; y el invierno, puquen. Del día y noche no hacen división, y para sus cuentas sólo nombran las noches, de modo que si deben citarse para dentro de tres días, su explicación es para dentro de tres noches o cuatro, etc. La hora de medio día la distinguen por el sol de que lo miran a su frente, que lo llaman ranquianto, y la de la media noche, ranquipun; y aunque solicité de ellos si tenían algunas reglas de las estrellas para conocer las estaciones de la noche, me contestaron que no, que cuando habían estado mucho tiempo despiertos, o habían dormido mucho, suponían fuese la mitad de la noche.

A las estrellas denominaban huaglenú, a los cabrillos, nau, a las cabrillas, nau, a la cruz antártica, pronchoyque, a las tres Marías, gueluquitru, y a la vía láctea, leubu. A los planetas no saben distinguirlos. A todo el cielo llaman guenumapu, y a los países de la luna, quillenmapú, a los cometas titulan cherrubé. Cuando vienen hacia sus tierras son pronósticos de grandes guerras, pero cuando se inclinan a otros países no hacen caso de ellos.

Los eclipses de sol, que llaman layante, que es decir murió el sol, son pronósticos que algún grande de sus tierras debe morir, y los de la luna, que nombran con la expresión layquiyán, denotan que algún español de grande autoridad morirá.

Para las medidas de líquidos y sólidos no tienen regla, porque usan de la permutación, midiendo en vasijas mayores o menores, conforme a lo que se interesan, cuyo convenio llaman gueluy.

De su retórica, poesía, medicina y comercio

Sin embargo de ser una gente selvática y sin instrucción alguna, es muy apreciable entre ellos el saber hablar bien, y tanto que, cuanto más elegante son en su modo de producirse, se hacen más respetados y de más estimación. Por sola esta circunstancia suben al grado de Guilmenes, porque al de elegantes producciones lo suponen guapo, así como al tonto, cobarde y necio. En sus caguines o juntas de bebidas hacen oraciones larguísimas, y entonces esfuerzan a sus descendientes que se instruyan, que adquieran noticias, y demás que pueda ilustrarlos.

Como a sus hijos los crían sin hacerles conocer lo que es temor ni respeto a nadie, y ellos observan desde chico que el que más puede, más vale, que jamás ha de ser castigado porque no obedezca, ni acate a sus padres, se fomenta en todos un espíritu de arrogancia y desembarazo imponderable que nosotros no conocemos. Mas, como saben que por ser elocuentes han de merecer las atenciones de su nación, se convidan, entremeten e introducen sin el menor reparo a echar una arenga de media hora, o de una, que en dos

palabras podía decirse, y cuanto mayor es el concurso, mayor ha de ser la oración, y con espíritu la vierten. Son exactísimos en hablar su idioma con puridad, porque, si el orador mezcla alguna expresión mal dicha o extranjera, se ríen y lo critican en público, repitiéndola.

El estilo de sus oraciones es sumamente figurado, alegórico, altanero, y compuesto de frases; esto es, para parlamentar sobre asuntos de entidad, o a los primeros conocimientos de un sujeto respetable, cuyas parlas llaman cuyatu. Sus oraciones constan de todas las partes esenciales: no faltan en ellos exordio, narración clara, su confirmación con fundamento y su afectuoso epílogo. Cualesquiera que los oiga orar, conjeturará son hombres instruidos y no tan brutos como lo son en las demás funciones. No deja de haber entre ellos algunos poetas, que los distinguen con el nombre de entugli. Sus obras se reducen a hacer narración de las hazañas de sus antepasados, de sus trabajos y muertes, de sus pasiones, amores, etc. Ello es cierto que en sus juntas, con sus expresiones vivas, de tal modo conmueven al corazón de sus compatriotas que los hacen llorar cuando tratan de cosas lúgubres, o saltan de contento cuando de cosas alegres; y ésta es prueba de la fuerte actividad y arte en su modo de producirse. En poesía tengo presente un verso, que referiré.

El mebin ni Niculantey Fui a dejar mi Neculante
Tilqui mapu meum. A las tierras de Tilqui.
Anca maguida meum ¡Oh!, homicidas faldas de cerro
Ayquinchey ni pello menchey. Que en sombras o moscas lo conviertes.

Un general, llamado Niculante, pereció en Tilquí, dando malón; y sobre su muerte es la composición, que consta de otras muchas cuartetos, que no pude aprender, ni las sabe ninguno de los que me acompañan.

No tienen otros médicos que las machis: éstas usan, al principio de las enfermedades, de algunas yerbas medicinales para darlas en bebidas en sus aguas, o para aplicarlas en frotamientos, a fin de destruir con estos arbitrios el daño que tiene el enfermo. También usan del agua revuelta con pólvora y jabón, que traen de la frontera, para darla a todo enfermo, ponderando ser eficacísimo remedio; a esta bebida suelen aumentarle piedra lipe. Si con esta medicina no descansa del dolor, hacen una operación que llaman catatun, y es de esta suerte. Toman entre los dos dedos la piel de aquella parte que duele al enfermo, la levantan cuanto pueden y le pasan el cuchillo de una a otra banda, de modo que queda la piel rota por los dos costados, y por ambas partes le entran pólvora, y si no hay, le dejan que desangre un poco, y luego atan las heridas. Si el dolor es interior, se hacen abrir por el vacío; le sacan un pedazo de bofe, que se lo come el enfermo; después lo cosen con hilado de lana teñido, con relbun, y muchos de los que sufren esta operación bárbara sanan. Si estas diligencias no son suficientes, entra el machitun, que es de dos maneras.

Mollviuntum y Marcupiquelem. El primero se hace de día, a consecuencia de haber soñado la machi que ya era tiempo de hacerlo, porque el daño se iba arraigando mucho en el enfermo; y para verificarlo ponen en el patio de la casa dos maitenes, en cada uno de

ellos se cuelga un tambor y un jarro de chicha, y en círculo al pie de cada árbol ponen otras doce vasijas del mismo licor. Allí cerca se ponen maniatados un carnero y un potrillo, del color que diga la machi deben ser, siendo esta circunstancia precisa, y la del color de los ojos que estos animales deben tener, para esperar buen efecto. Preparados estos requisitos, se saca el enfermo en su cama, y se pone al lado del sol de los árboles. Ya acomodado, tocan dos mujeres unos tamborcillos; da la machi la tonada y verso que debe cantarse, y todo el concurso comienza a bailar y cantar, dando vueltas alrededor de los árboles y del enfermo. Entre tanto, la machi toma una quita con tabaco encendido, y con el humo que recibe en la boca inciensa a los árboles, vasijas y animales, por tres veces. El baile continúa, y la machi pasa a incensar al enfermo; seguidamente le descubre la parte que le duele, y para sacarle el daño con la sangre le empieza a chupar con la boca tan fuerte que le extrae por allí porciones de sangre. En esta operación, como debe hacer la machi tanta fuerza, suda, se inflama, y los ojos se le encarnizan, y estos accidentes dan a entender a los asistentes que es efecto del guecubu que saca. Luego que está muy fatigada, se hace loca, y unos vienen a sujetarla, y otros a sacar al potrillo sobre vivo el corazón. Lo pasan a la médica, ésta lo recibe palpitante, toma una bocanada de sangre, y la desparrama al sol. Pasa con él a lo del enfermo, le hace una cruz en la frente con el mismo corazón, y después le unta de aquella sangre por todas partes del cuerpo, para lo que lo paran desnudo como estaba; prosiguen iguales ceremonias con el del carnero, y, concluidas, se repite el baile. Al enfermo ya lo meten en la danza, sosteniéndolo para que no se caiga; si se alegra es seña de que vivirá, y si no de que es de muerte, porque ya estaba pasado el tiempo de curar el daño, y que haría más de cuatro meses a que lo recibiría. Entran al enfermo al toldo, y se acaba el machitum comiéndose el concurso los dos animales muertos, sin perder ni una mínima parte, y si algo sobra con los huesos lo cuelgan a algún árbol, para que los perros no lo coman.

El segundo es que, puestos los dos maitenes, forman en circunferencia una era de ramas y cayrones, dejándole una sola puerta para el poniente. Sacan al enfermo y lo colocan en su cama entre los dos árboles, y a uno y a otro lado se le paran dos viejas, y a los pies y cabeza dos viejos. El concurso se pone en circunferencia por dentro de la era, y seis mozas, adornadas a su uso, y agarradas de las manos a las espaldas de las viejas; cerca de la puerta tiene la machi un jarro con tinta blanca, para afeitar. Doce hilos de una vara de largo, dos palitos de media vara de longitud, con plumero en la punta, y dos calabazas con algunas piedras dentro. Los dos palos los da a las viejas, que lo han de tomar en la mano derecha, también las dos calabazas, para que, en siendo tiempo, los hagan sonar con la izquierda, siguiendo al tambor. Los dos jarros los pasa a dos indios, para que él en el vacío tome sangre de un caballo, que ya tienen amarrado para quitarle el corazón e hígados, con las que teñirá las mozas, y el del afeite blanco haga lo mismo. Los doce hilos los reparte para que, así como salga el corazón, los de estos hilos hagan doce rosarios de aquellas entrañas, y se los cuelguen a las viejas al cuello, y prepara también a dos con el destino de que el uno corte la cabeza al caballo, y sin el labio de arriba se lo pase a un viejo, y el otro lo rabone, y dé la cola al otro viejo. Con todas estas prevenciones dadas, y que los concurrentes las tienen de antemano bien aprendidas, empieza la machi a tocar el tambor de la tonada y versos de la canción; le acompañan las viejas con las calabazas, y las mozas bailan sin moverse de su sitio. Pasado un rato de danza, manda se le extraiga al caballo el corazón, se lo pasan con brevedad, y los

destinados al jarro, cabeza, cola y sartas de hígados acuden a cumplir con su destino. Ella hace con la sangre y corazón lo mismo que en el otro machitum, y entre tanto ya las mozas están afeitadas de sangre y tinta blanca. Las viejas con llacatus de entrañas, y un viejo con la cola, y el otro con la cabeza riéndose, la machi arrecia con su música; las mozas no se pueden contener de risa. Un viejo le menea la cola al enfermo, el otro le presenta la cabeza, todo el concurso baila y canta, y no paran hasta levantar al enfermo, paseándole dentro de la era, y que le siga por detrás y adelante la mojiganga. Muchos que se mejoran con alegrarse al ver aquella fiesta, viven, y otros que se empeoran, mueren en ella. Se acaba lo mismo que el otro, colgando en un árbol elevado las reliquias del animal muerto.

De la arrogancia de los Peguenches, su caridad, manera de saludarse y sus nombres

Ya tengo dicho del corto número de que esta tribu se compone, y que se mantiene independiente, y sin unión de las otras de indios. Sola se encuentra bastante para invadir y maloquear a las demás, y para saberse defender de ellas, cuando lo exige el caso. Parece ésta bastante prueba para probar, no sólo su arrogancia, sino su heroicidad; esto es respecto a las otras naciones.

Nuestra amistad la disfrutaban desde el año de 70, en que sucedió la última sublevación de los Llanistas, Costinos y Guilliches contra nosotros, en que no quiso comprenderse por más instancias que estas parcialidades le hicieron, y que la reducción de Ranquil se les sublevó también. No contentos con no haber aceptado la flecha, así que supieron que nuestro maestre de campo, Cabrito, estaba sitiado en Angol, se ofrecieron a sacarlo, y se introdujeron a los llanos con este objeto. Quiso la suerte de aquel jefe que el sitio se retirase, y pudiese haber salido sin el auxilio de estos Peguenches, pero ellos, ya que no vencieron el sitio, porque se retiró, les robaron a los Llanistas cuanto quisieron. Entonces esta tribu no sólo no tenía amistad con nosotros, sino que era la más retirada y la que menos nos trataba. Discúrrase, pues, hasta dónde llegó entonces su arrogancia.

Esta acción, digna de nuestra mayor gratitud y de la más fina correspondencia, hizo se les ofertasen nuestras fuerzas, nuestras industrias y armas para los casos que pudieran necesitar. Desde el año de 73, en que se consolidó la paz con nosotros de las naciones conspiradas, se declararon contra estos Peguenches, por los dos resentimientos que conservaban de no haber querido unirse y haberles ido a robar sus haciendas; los maloquearon desde entonces frecuentemente, les aniquilaban sus haciendas, les robaban sus familias. ¿Y acaso se rindieron alguna vez, manifestaron cobardía o indigencia de auxilio? ¿No tenían nuestra promesa empeñada para socorrerlos? Jamás se llegó el caso que nos ocupasen, ni que saliesen a tratar con nuestros jefes sobre el estado en que se veían. ¿Y no es ésta más que arrogancia de ánimo?

Ya casi devorada esta nación por los Llanistas, Guilliches y sus sublevados Ranquilinos, en el año de 1784 se les apareció un día a sus toldos el famoso Guilliche Llanquitur con un grueso ejército, diciéndoles que habían de ser prisioneros suyos, o habían de convenirse a su unión para salir a un mismo tiempo por todos los boquetes de los Andes a

Chile, a acabar con los españoles y quitarles todas sus haciendas. Los gobernadores Peguanches eran en esa época Quintrequi y Curilipi. Como se veían sin fuerzas y sin arbitrios para resistir, convino Quintrequi, en cuyo toldo se hallaba Llanquitor, pero advirtiéndole que debía también tratar con Curilipi. Se llamó a éste, y, enterado de la solicitud de Llanquitor, contestó que el negocio era arduo y digno de tiempo para pensarlo, que se le dieran tres días de plazo, y en ellos contestaría (sólo una arrogancia imponderable podría imitar a la de este indio). Se le concedieron, y él se retiró en el momento para su toldo; pero, así que llegó a él, mandó un chasque Malalque, a lo del general Ancar, su pariente y amigo, comunicándole el estado de las cosas, y que le diese consejos y auxilios. No volvió el emisario en el plazo, y él tomó el partido de ocultarse entre los montes, con treinta y tantos mocetones y sus mujeres. Llanquitor, que se vio engañado, tomó todas sus haciendas y marchó con ellas con Quintrequi y su peguenchada para su tierra, a fin de tomar allá las medidas de verificar su proyecto.

Al siguiente día de la partida de Llanquitor, llegó el propio con 70 Malalquinos de auxilio, caballada y recado de Ancar, diciéndole que antes muriese que reducirse a los Guilliches. En el momento Curilipi animó su gente, y les dijo que habían de ir a alcanzar a Llanquitor, redimir a sus compañeros, desolarlo y rescatar con aumento sus animales. Ensillaron y salieron por los mismos rastros tras del campo. Al otro día al alba estuvieron sobre él, los suyos se le vinieron, se escapó Llanquitor a pie, se apoderó de porción de prisioneros y cautivos, de toda la caballada y de los avíos, y entre ellos el de Llanquitor, que andaba en el del canónigo Cañas, con sus estriberas y herrajes. Se internó más a las tierras guillichas, robó más haciendas y regresó con toda la nación cargado de victorias. ¿Y no es ésta arrogancia?

El hecho fue publicándose hasta haber pasado al occidente de los montes. Llegó a oídos de nuestro jefe don Ambrosio O'higgins, quien le mandó dar los agradecimientos, los parabienes de sus victorias, y suplicarle que saliese a verlo, que lo regalaría. No quiso salir, pero le contestó al recado; otro rasgo más de su arrogancia. Le instó por segunda vez don Ambrosio, y entonces salió a verlo. Este caballero lo regaló, y por fuerza le dio 50 españoles que le acompañasen y le auxiliasen para su defensa, desde cuya época se ha seguido favoreciendo a esta nación, a quienes debemos finezas recomendables y dignas de aprecio.

Estos indios se tratan entre sí con particular benevolencia, y ésta proviene de la misma insubordinación que tienen; porque, como no dejan de conocer que unos a otros se necesitan, que por medio de sus amistades, de su caridad y de sus servicios adquieren partidos, quieren tenerse seguros unos con otros, además de los sentimientos de hermandad y humanidad que ellos conservan. Éstos se extienden entre ellos a las demás tribus, pues cuando llegan a sus toldos los reciben muy bien, los obsequian y sirven en cuanto pueden.

Se deduce también su caridad de las expresiones finas con que se saludan y despiden. En las primeras es manimari, con un abrazo, y en las segundas amuquellan, ya me quiero ir, amigo, ¿qué me mandáis?

Los que son de un nombre que se titulan Lacú, se aman mucho, y para hacerse hermanos y unir sus voluntades se cautucan, esto es, de uno de los dos se le entra de alba al toldo del tocayo a pedirle alguna cosa de su mayor aprecio, que no la puede negar; se la entregan y quedan unidos, y pasado un año puede el otro hacer lo mismo, pero no antes. Los que convienen en sólo parte del nombre, se llaman Apé, y entre éstos no hay lacutum.

Los parientes de sanguinidad se llaman con la voz adquini, y los políticos, millanes.

Con el sombrero no gastan cortesía cuando lo tienen, ni la reciben; y del cariño y afabilidad se pagan tanto que se hacen pesados y molestos.

Sus nombres son compuestos del nombre propio de sus padres, y de algún adjetivo que el padrino les pone en el bautismo, que acostumbran.

Pasado algún tiempo desde el nacimiento del niño, los padres solicitan a un amigo o pariente para que lo bautice, y conociéndolo señalan día y se previenen para caquin. El padrino, que es el bautizante, convida a todos sus amigos y deudos. Bien temprano con sus convidados se marcha para la casa del infante, lleva una yegua o caballo gordo. Luego que llega al patio, hace echar al suelo este animal y le amarran las piernas y manos. Sobre el vientre del tumbado pone un poncho, o unas espuelas, y tras él todo el concurso le imita, poniendo allí un regalo para el chico. Ya que la bestia está con una cima de prendas encima, pide el padrino a su ahijado y lo pone sentado sobre los regalos; otro le saca el corazón al caballo sobre vivo, y se lo pasa saltando al padrino, quien con él le hace una cruz en la frente, diciéndole: así te has de llamar. Éste es el adjetivo, porque el propio de la casa lo tuvo desde que nació. Todos los presentes con gritos repiten el nombre puesto; recibe el padre al niño, y el padrino le presenta el corazón al sol, como rociándolo con la sangre que destila, y piden todos en alta voz por la vida de aquella criatura, por su felicidad, que sea guapo, elocuente y sepa defender a su nación. Concluida esta ceremonia, que sucede lo mismo con las hembras, sin otra variedad que los regalos son a proporción del sexo, se sigue la boda y la bebida que dura hasta que se acaba la carne, chicha o vino que tienen.

De los matrimonios y ocupaciones domésticas

En ninguna nación son tan útiles las mujeres para las familias como en ésta. En cada una de ellas miran los padres y parientes cierta parte de sus haciendas segura, al contrario de nosotros, que desde que nacen ya empezamos a trabajar para educarlas y adquirir bienes para proporcionarles una dote que les pueda facilitar un marido honrado, y de igual jerarquía, que es difícil. El indio que tiene muchas hijas y parientas es rico, aunque no tuviese otra hacienda que ésta, y por el contrario pobre el que abunda en hijos y parientes varones; la razón se deduce del orden de sus matrimonios, que es el siguiente.

El que solicita casarse, comunica su intención a todos sus parientes, con el objeto que lo ayuden, como es costumbre, a costear las pagas que debe costarle la mujer. Convenidos

por precisión, les intima el novio el tiempo en que han de ir con las presas a pedir la novia, y el lugar en que deben juntarse. Antes de amanecer está toda la parentela en el sitio prefijado; tres o cuatro de los más ancianos y elocuentes de la junta se adelantan a llegar a la casa o toldo donde ella vive. Recuerdan éstos a los padres de la muchacha, se levantan y los hacen entrar a la habitación donde ella vive. Antes de saludar, le tiran por el suelo algunas de las donas que llevan, y entonces se abrazan y hacen relación de la solicitud que los lleva, formando un panegírico sobre los méritos del novio y los de sus antepasados. El padre contesta recomendando también el mérito de su hija, y concluye diciendo que hable con la madre, que es la que debe cederla. Pasan al rincón donde está la madre, y diciendo ésta que por su parte no hay embarazo, vuelven a tratar con el padre sobre las prendas que quiere por su hija. Éste pide a proporción de los parientes que tiene, para poder contentarlos a todos, y concertados uno de estos emisarios vuelve al lugar de la junta para que toda ella se allegue al toldo con todos los bienes que traen. Así que llegan al patio, la primer diligencia que hacen es tumbar al suelo los caballos, yeguas y vacas que traen, a los que maniatan. Se sigue que de uno en uno van entrando al toldo callados y dejando en el suelo cual el herraje, cual el poncho, cual las espuelas, etc.; y así como van saliendo, se van sentando en el patio con las piernas cruzadas en el suelo, hasta formar un medio círculo. Dentro de éste se sienta el novio con su madre y dos o tres parientes de los más inmediatos, que también vienen con la comitiva. Entre éstos ponen un asiento alto, formado de ocho o diez mantas, y, ya que está de esta suerte el teatro, sale el padre de la novia, saluda muy serio en común y dice: Ahí está dentro, sáquenla. Se levantan las mujeres con gran prisa y entran preguntando, ¿cuál es? A cuya interrogancia la primera que está por ahí contesta: ésta, y ya la encuentra con un platito en la mano derecha, y dentro de él una piedra verde que llaman llanca. La toman de la izquierda, la sacan tirando para afuera; al salir se le pone presente o su futuro suegro o el pariente más inmediato del novio, a quien entrega en sus manos la llanca, y luego la sientan sobre las mantas.

En aquel asiento recibe los quedetos e iquillas que le traen de obsequio. Sus nuevos parientes son los que la cubren de la cabeza para abajo, matan uno de los animales amarrados, le sacan el pecho y el corazón, medio lo cuecen en agua, y han de comer todos los del concurso. Concluida esta comida se retiran, llevando el novio a su mujer para sus toldos, en donde se hace la boda para el siguiente día, o para cuando la difieren. Éste es el más frecuente método que estilan en sus casamientos, pero suelen hacerlo también por medio del rapto, y esto es cuando los contrayentes tienen trato con anticipación y se presumen que por alguna parte no convengan los padres.

En este caso se roban la muchacha, y a los tres días vienen los parientes del novio a pedirla; su introducción es a la misma hora de la mañana, tirando las prendas como en el antecedente. Piden perdón por el rapto, ponderando que el amor fue el que movió al exceso; que ya el casamiento lo tienen hecho por su voluntad, y así sólo esperan su consentimiento para dar todas las demás dádivas que falten, y puedan salir a luz los novios y celebrarse. Condescienden los padres, y los emisarios hacen venir a los novios con los animales y otras presas. Reciben éstas, y continúan las ceremonias que he referido en el antecedente.

Ya concluidos los matrimonios, se sigue el que el padre de la novia convoca a sus parientes para repartir las dádivas. Suelen quedar muchos descontentos, a los que después el novio debe gratificarlos.

La poligamia es permitida; pero, como es tan costoso casarse con muchas, sólo lo hacen los ricos.

Cuando tienen dos o tres mujeres, la más antigua goza de más autoridad y gobierna. A ésta la llaman Unemaurne, a la segunda Ramincurre, y a la tercera Inanicurre. Entre sí suelen estar celosas, pero los indios hacen muy poco caso de que ellas se disgusten, y este mismo desprecio las reprime. Para dormir con ellas, tiene el régimen de dos noches con cada una, y no pueden variar de él, por la antigua costumbre que es.

Por esta misma regla de gobierno sólo pueden hacerse dentro de sus toldos dos fuegos; y así, si pasan de dos las mujeres, deben unirse a uno las más modernas. La que está de turno en dormir, lo está también en dar de comer y beber al marido, a quien tratan con sumo amor y respeto, y lo nombran ya con el título de piñan, ya con el de buta.

Cuando tienen forasteros en sus toldos, los acomodan en el mejor lugar fuera de los serrallos de sus mujeres, que son de apariencia como he dicho; le ponen cerca un indio, con el pretexto de que no le suceda alguna desgracia.

Las mujeres no sólo deben cuidar de las ocupaciones domésticas y labores interiores, sino que también han de atender al avío del marido, a su freno, espuelas, caballos, etc., y así son tan pensionadas estas infelices como los oficios de las esclavas, y mucho más.

Las mujeres deben hilar, tejer para vestir al marido, vestirse ellas y a sus hijos. También deben con sus labores comprar los trigos, maíz, ají, añil y, en fin, cuanto necesitan en su casa. De fuera deben traer a sus hombros el agua y la leña; deben buscar el caballo y ensillarlo para que el marido lo monte, y desensillarlo cuando llegue. Sus hijos en nada de estos servicios le alivian, porque no tienen facultad para poderlos mandar, y cuando lo hiciesen no les obedecerían ni podrían castigarlos; sólo sus hijas les ayudan a llevar de algún modo su pesada tarea.

Aunque las mujeres tienen el cuidado de barrer el toldo y patio todos los días, como lo llevo expresado, y por esta atención se halla allí el suelo sin basura, y también a limpiar los herrajes, espuelas, uples y tupos; pero los demás trastes, como camas, pellejos, lloicas, mantas y ropa, están pasados de sebo y mantas de caballo, que por todas partes vierten mugre y fetidez. Así están ellos; y por particularidad conservo que vi una chinilla en casa de Manquel con los brazos y piernas limpias; les pregunté a ellos ¿por qué no se fregaban?, y me respondieron que no era cona el que no andaba mugroso. Ellas suelen lavar sus mantas, pero el jabón que usan es la sangre del caballo, que las pone en peor estado.

No son así en sus partos, porque apenas paren se van a bañar al río, y bañan también la criatura, y en volviendo al toldo es a trabajar en sus ocupaciones, y a preparar chicha para celebrar con los suyos su feliz parto. Sus reglas no les impiden tampoco el baño diario. En las primeras reglas las muchachas tienen boda ponderada, que se comunica a toda la reducción, y acostumbran entonces las siguientes ceremonias. Así que la moza se siente enferma, lo avisa a su madre, y ésta sin dilación en una esquina del toldo le acomoda un serrallo de ponchos y la mete en él, con orden que no levante la vista para mirar a ningún hombre. Muy de alba la toman dos mujeres de las manos y la sacan al campo para que corra velozmente largo trecho. Vuelve cansada, y así la encierran en el serrallo; al ponerse el sol repite igual correría, y al otro día muy temprano la hacen hacer tres atados de leña, que debe irlos a dejar al camino más inmediato de su casa, y los ha de poner en tres distintas partes. Ésta es una seña que da a la nación de que ya hay otra mujer, y en seguida se convida generalmente a todos los indios para que concurran a la celebración del estado útil a que entró la india.

Para criar los chicos mantienen un cajoncillo de tablitas amarradas, que llaman dichas. Ahí dentro ponen unos pellejos de pieles de carnero, envuelven a la criatura en una mantilla de bayeta, con una faja les atan por encima de los brazos, y a los pies les dan otra ligadura, y así lo echan a la dicha, en la que vuelven a atarlo. De esta suerte se cuelgan el cajoncillo a la espalda, y andan con él por todas partes que se les ofrece, a pie o a caballo; si lloran, lo toman en los brazos y le dan el pecho sin moverlo, lo paran afirmándolo en cualquier poyo, y suelen también colgar de las dos puntas la dicha, para mecerla de un látigo que dejan suelto, para tomarla desde donde están trabajando. Las ligaduras que dan a los hijos para contenerles los brazos y piernas, dicen los indios, es con el objeto de que forcejeen, y se críen más fuertes y forzudos; y el uso de la dicha para que su formación sea recta, y para traerlos con más comodidad. Así todos ellos son bien plantados y soldadescos.

Cuando las criaturas empiezan a dar pasos, regularmente las tienen desnudas, a fin de que, sin el estorbo del chamal, puedan andar con franqueza; pero después ya la cubren con su propio traje. Yo concibo que vestuario más incomodo que la manta arrollada a la cintura, que les cubre hasta las pantorrillas, estrechándoles el uso de las piernas, no pudo idearse por estos indios. Por más ágiles que sean para montar a caballo, esto es, para tomar la estribera y subir la otra pierna sobre el caballo, necesitan aflojarse la manta, y así de doble tiempo que nosotros; por esta incomodidad deben desnudarse y ponerse bragueros para sus funciones, juegos, etc.

La educación que dan a sus hijos sólo se reduce a contarles las hazañas o hechos valerosos de sus padres y parientes, para criarles grande espíritu, y a ponderarles cuánto importa saber hablar con arrogancia, para alegar en favor de la nación en la materia que les ocurra. También les instruyen de sus tierras, y de la de sus antepasados, a fin de que no pierdan sus derechos, y en especial de toda la parentela; pero esta instrucción se reduce a dar lecciones en las bebidas y lugares públicos, que es allá muy rara vez.

La libertad que goza la infancia es sin límite, y así pueden hacer cuanto se les antoje. Cuando oyen alguna insolencia de la boca de un hijo, o que cometen algún delito que

ellos lo saben, los celebran, los aplauden y los elogian, diciendo que aquellas acciones son promesas y muestras de grandes hombres. El castigo lo miran como principio para debilitar las fuerzas, el valor y la arrogancia, y así gustan que los niños hagan lo que quieran.

De sus alimentos, músicas y pasatiempos

La comida frecuente de estos indios es la carne de caballo, de cuyos animales tienen grandes manadas, y buenos arbitrios para adquirir porciones, como se colige del diario, especialmente de las observaciones hechas en Puelce. Comen, a más de esta carne, todas las demás que se proporcionan en sus terrenos, y fuera de ellos cuando andan. Su comida común es en asado, pero que apenas se chamusque por encima. También en cocido, y por consiguiente antes de estar en sazón. Al tiempo de matar la res, se comen cruda la riñonada, todo el sebo y el librillo, si estaba preñada la cría. A la carne, conforme se enfría, le sacan con las uñas la gordura, y se la comen también. Al tiempo de degollar el animal aprovechan la sangre, o en hacer morcillas, o en lavarse la cara y la cabeza con ella.

Cuando la res es tierna, la degüellan levantándola otro de las manos. Luego le amarran el gollete, para que retroceda la sangre a las entrañas; dejan pasar un rato, la abren y sacan sobre caliente los hígados y corazón hinchados con grandes pedazos de sangre, y en el momento se lo comen, ponderando su delicadeza; esta muerte la llaman ñachi.

Los granos que comen son cocidos, pero, como ya he dicho, son éstos traídos de nuestras fronteras, porque ellos no tienen siembra alguna ni trabajan en ninguna manufactura más que en sobar algunas pieles para botas, correas, colleras para uncir animales y maneadas para las manos, y aun en estas obras tienen parte sus mujeres, como que las he visto trabajar en ellas. Los granos que nos permutan es por sal, caballos, vacas, ovejas, ponchos, mantas, etc.; y para estos cambios llevan a sus mujeres, a fin de que ellas carguen con toda la pensión, y también de cuidarlos cuando se embriaguen, y lo hacen con vicio siempre que se les proporciona.

El trigo regularmente lo reducen a harina tostada, que llaman mirci, y de esta harina hacen dos diferentes comidas, una con agua fría, que llaman ulpo, y otra con agua caliente, que llaman checan. Lo mismo hacen con la de cebada; ambas son substanciosas, y de buen gusto. Las papas las cuecen y llaman mallo, pero son más aficionados a comerlas asadas. Son comedores, y nuestros guisos los celebran mucho, ponderándolos entre los suyos. Jamás tuve un día que no se viniesen a mi toldo al tiempo de comer, sin embargo que siempre cuidé repletarlos antes, a fin de que no me creyesen más solícito de mi comodidad que de la de ellos, y no hubo ocasión que no comiesen con ansia.

Son afectísimos al pan, pero no lo acostumbran. Algunas veces por cosa particular lo hacen, y de esta suerte. Humedecen el trigo sobre pieles, luego lo estregan entre los pies a que suelte el pellejo, lo secan y de ahí entre dos piedras lo muelen, cuya harina nombran ringo.

Sin más beneficios hacen la masa, que la asan entre la ceniza caldeada que llaman chapica, o la fríen en grasa, que es lo más frecuente.

La bebida ordinaria es agua, y las cervezas que acostumbran en sus funciones son de trigo sancochado y mascado; de michi, que es una fruta morada y muy dulce; de queren, que es una fruta de un bosquecillo; de cuparra, que es una fruta blanca entre los montes, y fuera de ellos colorada; de piñones de guigan, y de maíz. Todos estos caldos los entibian para echarlos a las vasijas, en que fermentan.

Los pinales empiezan casi a los confines de la tierra de los Peguenches con los Guilliches; pero, como son tan flojos, se dedican poco a irlos a traer, siendo una fruta tan delicada y de tanto alimento como es.

Para comer se sientan en un pellejo de oveja con las piernas cruzadas. El rale, con que la mujer les sirve la comida, se lo ponen en el suelo. Toman la troncha que han de comer en la mano izquierda, y entre los dedos van trozando los pedacillos que se han de echar a la boca, para lo que se sirven de un cuchillo, que todos tienen. Si el guiso tiene caldo, lo beben con el mismo rale; y todo se lo acaban, aunque haya otros que los estén mirando, porque de un plato no pueden convidarse; y así, si hay veinte platos, han de servirse si alcanzan, y de no, se quedan mirando los desgraciados. Ni aun estos rales o platos de que se sirven los hacen estos indios, sino que los compran a los Guilliches y a otros.

Para sacar fuego tienen eslabón, y, cuando no, usan del repu, que son dos palos de coliu o rarín que, estregando el más delgado sobre el más grueso, hacen salir un aserrín, que con la calor del movimiento se incendia. El sauce es palo también muy pronto a incendiarse.

Diariamente hacen tres comidas, por la mañana, a medio día y antes de oscurecerse. Vela no usan jamás. En los convites públicos que tienen es su gasto carne y chichas.

Es más solemne el que tiene vino y más abundancia de bebida; entonces dicen treguaquimey; pero, cuando no, es golinquelay, que malo estuvo y no bebimos. Es tan gustoso a esta nación embriagarse, que se llevan bebiendo mientras dura el licor, y suelen pasarse seis y ocho días sin otro alimento que el vino, y así se enferman después.

Varias veces en sus caguines tienen música, y cuando la hay se reduce a unos pitos de caña y tamborcillos, de los que usan las machis en sus curaciones. Al compás de estos tétricos instrumentos cantan y bailan una danza que llaman puelpurum, que es de esta manera. Se desnudan todos los danzantes, poniéndose bragueros de pieles sobadas; se pintan el cuerpo, piernas y cara con tinta de varios colores. Las cabezas se cubren de plumas de avestruz, y se cuelgan en el cuello, hombros y corvas cascabeles; y otros, del bragero un cencerro de caballos. Luego se forma un círculo de todos ellos, dentro del círculo una fogata de fuego, y cerca de él se ponen los músicos. Comienzan éstos, y unos tras de otros empiezan a danzar moviendo con ligereza los pies, lo mismo la cabeza, haciendo tañido con las manos y balando con la boca. Ésta es una tarea que no se acaba muy pronto, porque el sufrimiento cada uno se interesa ostentarlo en esta ocasión, y una

diversión tan celebrada que, cuando llega a conseguirse, dura la junta dos y tres días. Las mujeres no se mezclan en baile con los hombres, ni éstos con las mujeres, que se les llega su tiempo; pero éstas no se desnudan.

Son afectísimos a jugar, y así en todos los convites arman juegos de lo que acostumbran, que son los dados, la pilma, el guaro, los villigues y la chueca. A los dados raro es el indio que no juega; son de la misma clase que los nuestros, pero no tan bien hechos. Cada uno ha de jugar con los suyos, y así los cargan todos los aficionados. Juegan con los españoles, y así les ganan cuanto tienen.

La pilma, que es una especie de pelota llena de viento, la juegan entre seis u ocho; para ello se desnudan, poniéndose bragueros. Hacen una raya en círculo, y dentro de ella se forman en dos filas, cada uno al frente de su contrario, y cada fila con su pilma. La una la tiene el del costado derecho, y la otra el del izquierdo; dan a un tiempo el bote en el suelo, levantan la pierna para tomarla y darle al contrario, que debe recibirla y retornar con ella; si no le toca en alguna parte del cuerpo, pierde el de la pilma una raya, y si el otro no la recibió pierde otra; pero hay más, que siempre que la pilma sale de la raya pierde otro punto, y éste es el que la tira. Cuando no da al contrario y sale fuera, entonces pierde la raya de la salida y la de la errata, que son dos; pero si la da y sale, entonces pierde la raya de la salida el que debía recibirla. Como la ganancia resulta de las erratas y salidas de la pilma, y están tan cerca unos de otros en el círculo, que es corto, saltan, para que se pase por debajo, se agachan, y, en fin, tienen tanto arte y ejercicio que es casi incomprensible.

Así el del guaro, que es quechú o triángulo de madera con varios puntos embutidos de alquimia o plomo; para jugarlo, hacen un hoyo en el suelo, como una fuente regular al frente de los dos contrarios; clava cada uno por su parte doce palitos, y en el campo o trecho que queda al lado del sur desocupado, que lo nombran río, ponen tres, el del medio mayor, que llaman islas; más al sur de estas islas clavan un palo ladeado hacia el norte, y ha de tener una vara de alto, y en la punta le ponen una argolla, por donde puede entrar el guaro. El que es mano lo agarra, pasa por la argolla y lo suelta para que caiga al hoyo; si gana, quita un palito al contrario, y lo bota; y, si pierde, hacen lo mismo con él, y en el hueco que queda del palito introducen uno de la isla, y así repiten, quitando, cambiando y recogiendo, lo que se hace ininteligible. No hay español que lo entienda por más que haya vivido con ellos. Para jugar este juego gritan, exclaman, llaman la suerte, se muerden los brazos y se los tajan con el cuchillo, como si lo hicieran con un hueso. Vi a uno de los que acompañaban a Mariñán con los brazos hechos pedazos; y, preguntando que quién lo había lastimado, que él mismo, para ganar a su contrario.

Los lligues son cuatro palillos de dos caras, por la una pintados, y por la otra blancos; se tiran juntos; si caen con las pintas para arriba, ganan, y si para abajo, pierden. Este juego es común también entre las indias.

La chueca la juegan lo mismo que lo explica el abad Molina en su historia civil, al folio 125 y 26, tratando de los Araucanos; pero las peleas o pependencias que entre éstos se arman sólo se extienden a sujetarse del pelo, y no a otra parte del cuerpo.

Esto es cuanto concierne a las costumbres y conocimientos de estos indios, y lo que puede dar una idea cabal de ellos, desde su formación.